

## Las actividades económicas de los jesuitas en el Valle del Itata, Chile (1664-1767)

Economic Activities of the Jesuits in the Itata Valley, Chile (1664-1767)

Marcos Parada Ulloa\* <https://orcid.org/0000-0001-6715-2592>

**Resumen:** El estudio se enfoca en analizar las actividades económicas desarrolladas por la Compañía de Jesús en el Valle del Itata, Chile, durante el período comprendido entre 1664 y 1767. El análisis es histórico-documental, permitiendo obtener información relevante sobre las actividades económicas y las redes que efectuaron los jesuitas en la zona de estudio. Los resultados de la investigación destacan que, a pesar de las dificultades y las constantes incursiones indígenas, los jesuitas lograron fortalecer la economía local y consolidando una segunda frontera en el Valle del Itata. Implementaron un sistema administrativo eficiente que les permitió ejercer dominio sobre el territorio, introducir técnicas modernas de agricultura y desarrollar actividades económicas como la producción de vino, la cría de ganado y la explotación de los recursos naturales. Sin embargo, la expulsión de los jesuitas en 1767 tuvo un impacto negativo en la economía y el ámbito educativo en Chile, generando cambios en la dinámica económica regional sin transformaciones sustanciales en el sistema económico general.

**Palabras claves:** Chillán, Valle del Itata, Chile, segunda frontera, actividades económicas y

**Abstract:** The study focuses on analyzing the economic activities carried out by the Society of Jesus in the Itata Valley, Chile, during the period between 1664 and 1767. The analysis is historical-documentary, allowing for the retrieval of relevant information regarding the economic activities and networks established by the Jesuits in the study area. The research findings highlight that, despite the difficulties and constant indigenous incursions, the Jesuits managed to strengthen the local economy, establishing a second frontier in the Itata Valley. They implemented an efficient administrative system that allowed them to exert control over

---

\* Universidad de Atacama, Chile. E-mail: [marcos.parada@uda.cl](mailto:marcos.parada@uda.cl).

the territory, introduce modern agricultural techniques, and engage in economic activities such as wine production, cattle farming, and natural resource exploitation. However, the expulsion of the Jesuits in 1767 had a negative impact on the economy and educational sphere in Chile, leading to changes in the regional economic dynamics without substantial transformations in the overall economic system.

**Keywords:** Chillán, Itata Valley, Chile, second frontier, economic activities, Jesuits.

**Recibido:** 08-05-2023. **Aceptado:** 11-08-2023. **Publicado:** 15-08-2023

**Marcos Parada Ulloa** nació en Quilleco, Chile, en 1983. Posee un Doctorado en Filosofía otorgado por la Universidad de Bolívar (UB) y un Magíster en Historia de Occidente concedido por la Universidad del Bío-Bío (UBB). Actualmente, se desempeña como académico e investigador en el Instituto IICSE de la Universidad de Atacama, Chile. Sus áreas de especialización incluyen la Historia social y regional.

**Cómo citar:** Parada Ulloa, M. (2023). Las actividades económicas de los jesuitas en el Valle del Itata, Chile (1664-1767). *IHS. Antiguos Jesuitas en Iberoamérica*, 11, 1-37 <https://doi.org/10.31057/2314.3908.v11.42264>



Obra protegida bajo Licencia Creative Commons Atribución: **No Comercial / Compartir Igual** (*by-nc-sa*)

<https://revistas.unc.edu.ar/index.php/ihs/index>

## Introducción

La fundación de la ciudad de Chillán en 1580 se originó como una necesidad estratégica y de orden, con el propósito de mejorar la comunicación administrativa sobre el territorio y aprovechar la riqueza de los suelos para la explotación económica centrada en el sustento interno. Estos factores contribuyeron al asentamiento humano, al desarrollo de la producción agropecuaria en la zona y al desarrollo de una segunda frontera<sup>1</sup>. Esta frontera que se desarrolló en el Valle del Itata a partir de 1598 de carácter jurídico (Stewart, 2015; Parada, 2020), fue un espacio socialmente construido a través de fortines y estancias (Unwin, 1992) que no solo marcó la extensión del poder real y la posición geoestratégica sobre el territorio indígena, sino también un lugar geográfico que se moldeó a partir de las relaciones y prácticas sociales entre españoles e indígenas (Góngora, 1970a, 1980b; Villalobos, 1995a; León, 2003; Cartés, 2008). Este proceso favoreció la construcción de una identidad a través de la colonización del territorio, donde la entrega de estancias<sup>2</sup> de parte de los distintos gobernadores a los oficiales, soldados y colonos fue fundamental para el desarrollo económico y social.

Tanto el Valle del Itata como Chillán actuaron como bases secundarias de operaciones que sostenían y reunían los elementos necesarios para el éxito de la colonización. La presencia de estructuras económicas, como las estancias en el territorio del Valle, fortaleció esta segunda frontera con Chillán y contribuyó al desarrollo misional.

Las estancias tuvieron un papel significativo en esta región. Se destacan los territorios ubicados entre el Valle del Itata y la Isla de la Laja, bajo la dependencia del obispado de Concepción, donde la mayoría de las propiedades rurales no superaban las 2.000 cuadras<sup>3</sup>, y aquellas de mayor extensión eran comparativamente menores en relación a otras áreas geográficas (Pacheco, 2003). En este contexto, las estancias se convirtieron en elementos importantes en la vida rural al ayudar a ubicar a la población española-criolla dispersa y permitir el desarrollo económico del territorio.

---

<sup>1</sup> Sergio Boisier entiende que la frontera diferenció dos regiones: La Serena y Santiago. Se consideraba el país pacificado en el cual se producía la riqueza minera y ganadera del reino. Al sur se encuentra la frontera de guerra, que se anticipaba desde el sur del río Maule y se consolidaba en una línea de fuertes que se alineaban en torno a las riberas del Biobío desde bahía de Arauco hasta la precordillera. Además, es un lugar de guerra y de encuentro: de vagabundo y mal entretenido, “bandoleros, jornaleros, peones y asentados, milicianos y desertores, colonos, misioneros y cautivos. El comercio, el trueque, el contrabando y el cuatreroismo aparecen como las expresiones características del intercambio ilegal y clandestino que surge en el espacio fronterizo. En este sentido se trata de sujetos autónomos, independientes, inclinados a la vida trashumante. Hombres sin linaje que habitan las tierras de nadie, donde la soberanía se defiende con violencia y balazos. Chile era el “antemural del pacífico” y por ello había que mantenerlo, a pesar de que su aporte financiero al fisco era escaso y a veces deficitario. Más al sur de la frontera y con el propósito de defender las costas del Pacífico de una posible invasión extranjera vivían una vida alejada y separada del resto de Chile los fuertes de Valdivia y Chiloé.

<sup>2</sup> La hacienda era una porción de tierra cultivable, su extensión excedía las 30 o 40 cuadras.

El término estancia se refiere a un sistema similar a una finca rural destinado a actividades agropecuarias, con un enfoque especial en la cría de ganado. En el siglo XVII, se consideraba a la estancia como extensiones significativas de tierra otorgadas en propiedad a un individuo, una familia o una orden religiosa. Estas propiedades solían caracterizarse por contar con viviendas, silos, establos, graneros, corrales, bodegas y otros elementos (Menadier, 2012).

<sup>3</sup> Se estima que por cada 1 kilómetro se encuentran 10 cuadras, lo que equivale a un total de 10 cuadras abarcando una distancia de 1.000 metros, es decir, 1 kilómetro.

Asimismo, estas propiedades funcionaron como lugares de protección del ataque indígena y facilitaron la fundación de pueblos durante el siglo XVIII. La importancia de la línea jurídica que abarcaba Concepción, Itata y Chillán iba más allá de ser un mero refugio y punto defensivo militar. En realidad, se trataba de un espacio importante para la colonización y protección de las ciudades ubicadas al norte (Santiago). Un ejemplo, claro de esto es cómo los gobernadores utilizaron estratégicamente los fortines<sup>4</sup> y las estancias para mantener a los oficiales y soldados en el Reino de Chile, asegurando la protección de la frontera (Parada, 2020) y la seguridad de la población. Estas estancias se ubicaban estratégicamente cerca de los cruces y caminos emergentes, lo que las convirtió en lugares de descanso para los viajeros, promoviendo así la conectividad con los centros urbanos al norte del Biobío (Fig. 1).

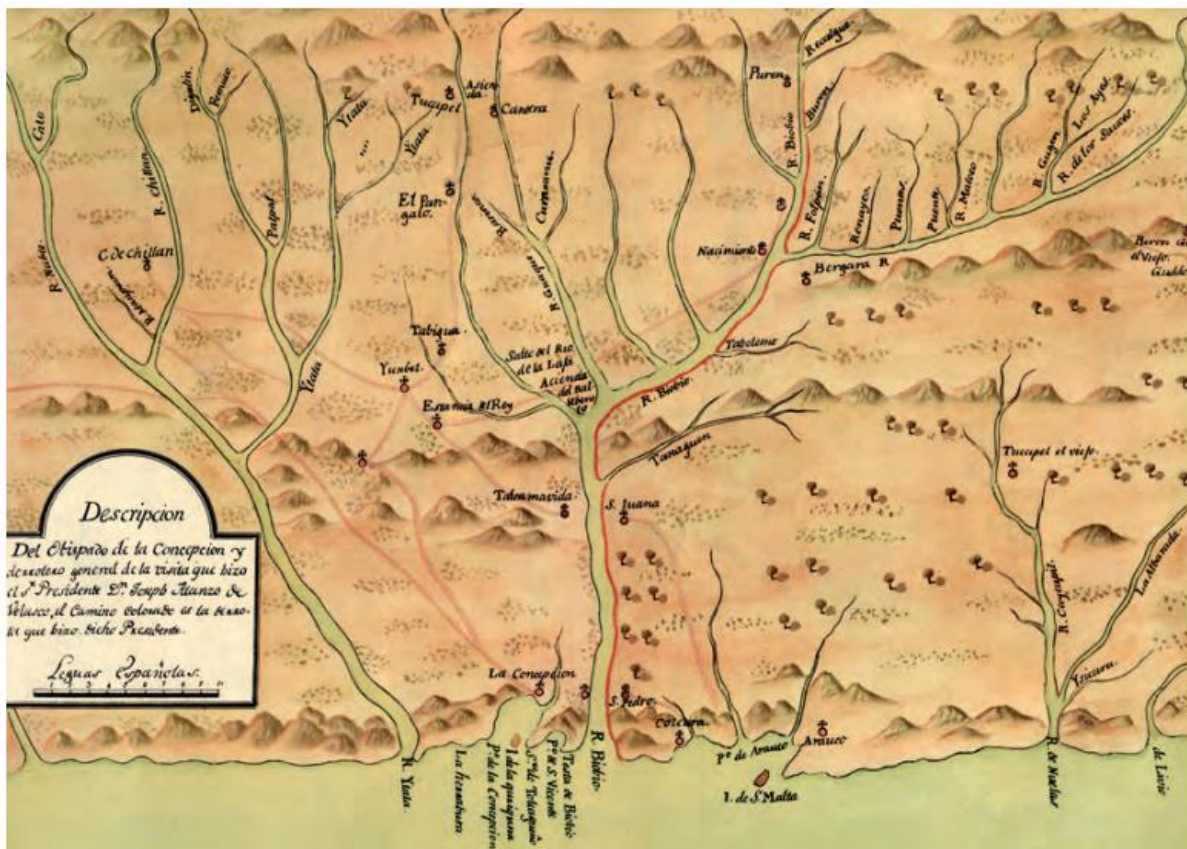


Fig. 1. Descripción del obispado de Concepción y derrotero general, de la visita que hizo el S. Presidente Dn. José Manso de Velasco, 1743 (BNCh. Colección: Sala Medina).

<sup>4</sup> Los fuertes se construyeron en tierras colindantes a las reducciones de indios, que se encontraban al norte de los lados principales del río. Los fuertes de Colcura, Cayehuano, San Fe, Santa Juana, Talcamavida, Talcahuano y San Cristóbal fueron construidos adentro -o al lado- de las reducciones indígenas. Una típica guarnición era de veinte soldados, con un capitán reformado, quien servía como cabo del fuerte. El pequeño tamaño del fuerte y la ausencia casi completa de casas y bodegas dentro del mismo, no permitían el alojamiento de más soldados dentro de sus murallas. Las familias y amigos de los soldados construyeron sus ranchos en las tierras colindantes. Adicionalmente cada fuerte contaba con una compañía de indios amigos, de la misma reducción, que recibieron un salario anual por sus labores en la protección de la frontera.

Hacia el año 1600, la ocupación de los valles centrales tomó forma cuando la autoridad cambió la entrega de mercedes de tierras de los cabildos a los gobernadores. Este cambio favoreció el desarrollo de un sistema donde la hacienda y el terrateniente concentraban amplios espacios territoriales, ejercían control sobre los recursos naturales y establecían un sistema de trabajo basado en el inquilinaje (Reyes, 1991a). Todo esto se hizo con el objetivo de impulsar la producción agropecuaria, el establecimiento de centros urbanos y la exportación. Alonso de Ribera desempeñó un papel importante en la colonización al fomentar la entrega de estancias a los altos oficiales del ejército, quienes se casaron con descendientes de aquellos que habitaron la zona antes del desastre de 1598.

A partir del siglo XVII, las autoridades civiles y religiosas implementaron estrategias para salvaguardar el territorio, como la creación del ejército profesional, la entrega de tierras a los oficiales, la Guerra Defensiva<sup>5</sup> y el Parlamento de Quilín de 1641. La Iglesia Católica, a través de los misioneros, también tuvo un papel crucial en el proceso de civilización, no solo propagando la fe, sino también influenciando “aspectos sociales, políticos y económicos en las distintas instituciones hispanas en América” (Ortiz, 2015, 9).

El Valle del Itata no fue ajeno a estas acciones de la Iglesia, ya que se centró en la conversión de los infieles. Sin embargo, los resultados esperados no se alcanzaron. La inseguridad tanto material como espiritual que prevalecía en la frontera fue vista por los jesuitas como una oportunidad para extender la evangelización a los nativos y poner fin a la guerra.

La Guerra Defensiva buscaba una inculturación que beneficiara la interacción entre las dos sociedades. A pesar de la compleja situación que enfrentaron los jesuitas al finalizar la Guerra Defensiva, lograron fortalecer su presencia en Chile gracias a la donación y posesión de tierras en diversas zonas del territorio. Esto les permitió enfocarse en la vida social, religiosa y económica de la región, evidenciada especialmente en el Valle del Itata a través de actividades agrícolas, ganaderas y vitivinícolas, además del desarrollo de misiones educativas en los colegios fundados en Concepción y Chillán.

En este contexto, el presente estudio tiene como objetivo analizar las actividades económicas desarrolladas por la Compañía de Jesús en el Valle del Itata, durante el período comprendido entre 1664 y 1767. Aunque se ha investigado ampliamente la presencia de los jesuitas en América Latina, existe una carencia de estudios específicos sobre sus actividades económicas en el Valle del Itata durante ese lapso. Esta investigación busca llenar ese vacío y arrojar luz sobre el papel económico de los jesuitas en la región.

Se plantea la hipótesis de que los jesuitas desempeñaron un papel significativo en el desarrollo de diversas actividades económicas en el Valle del Itata, contribuyendo al crecimiento y la sostenibilidad económica de la región durante el período de estudio. A partir de lo anterior la pregunta de investigación es: ¿Cuál fue el impacto de las actividades económicas de los jesuitas en el Valle del Itata entre 1664 y 1767? Es relevante mencionar que la actividad económica y misionera de los jesuitas en el Valle del Itata se enfrentó a desafíos

---

<sup>5</sup> En 1608, a pesar de la enérgica oposición de la Iglesia, la Corona aprobó la esclavitud de indígenas capturados en guerra. Entre los más fervientes detractores de esta legislación se encontraba el Padre Luis de Valdivia, quien abogó por una estrategia defensiva y la eliminación del sistema de trabajo personal forzado de los indígenas, en vista de la disminución de la mano de obra entre la población nativa del valle central. La Guerra Defensiva fue una amplia red política y religiosa que se desplegó en Chile con el propósito de terminar una guerra a sangre y fuego, ampliar los campos de la actividad misional entre los *indios* de guerra (Gaune, 2012, 358).

debido a las frecuentes incursiones realizadas por los indígenas, quienes atacaban las misiones y estancias. La actitud de los jefes militares y la codicia de esclavizar a los indígenas para venderlos fueron factores que contribuyeron al alzamiento indígena de 1655<sup>6</sup>.

La sublevación de 1655 puso en evidencia los agudos problemas que afectaban tanto a españoles como a indígenas desde el final de la Guerra Defensiva. En ese contexto, gobernadores y soldados se dedicaron a esclavizar a los indígenas para utilizarlos como mano de obra en las haciendas y estancias, lo que les proporcionaba beneficios económicos. Esta sublevación también marcó la transición del período de conquista hacia el establecimiento de relaciones fronterizas más estables en el Valle del Itata, así como transformaciones en las huestes militares y una retirada estratégica hacia el norte del Biobío. Todo esto favoreció “el mestizaje, el comercio y el intercambio cultural, lo que permitió el retorno de las misiones y la consolidación de formas institucionales en el contacto oficial” (Villalobos, 1995, 226).

Esta coyuntura, que se desarrolló en la segunda mitad del siglo XVII, permitió comprender las disposiciones de la corona desde una perspectiva administrativa, que incluía la re-fundación de Chillán en 1664 y mejoras en las estrategias bélicas (Ortiz, 2015, 10). La ocupación del espacio físico aseguró una transición hacia el desarrollo de la vida comercial y tuvo un fuerte impacto en la voluntad de encuentro entre españoles-criollos e indígenas.

Además, esta coyuntura facilitó el desarrollo económico del Valle del Itata, especialmente en torno a las actividades agrícolas, ganaderas y vitivinícolas. Se estableció así una nueva frontera que buscaba conectar nuevamente Chillán con Concepción, permitiendo el regreso de los vecinos y la recuperación económica durante la segunda mitad del siglo XVII. Las estancias desempeñaron un papel crucial al complementar la línea defensiva y de conectividad, facilitando actividades económicas como la producción de sebo, cuero y crianza de ganado, las cuales superaron “en importancia a la ya debilitada economía minera”<sup>7</sup> (Pacheco, 2003, 19).

En el Valle del Itata, los Padres jesuitas llevaron a cabo tanto procesos misionales como económicos. A partir de 1664, la Compañía de Jesús inició un nuevo proceso de ocupación del territorio mediante la adquisición de tierras, que se efectuó a través de donaciones de fieles (alumnos y mujeres), donaciones de sus ascendientes (los gobernadores habían entregado numerosas mercedes, estancias y haciendas desde comienzos del siglo XVII) y compras de propiedades a los vecinos terratenientes con los recursos provenientes de las tierras que ya poseían.

En el año 1696, el gobernador Tomás Marín de Poveda envió una carta al rey, destacando la persistencia de los Padres jesuitas en la frontera y su incansable trabajo. Gracias a los esfuerzos continuos de los jesuitas, se habían logrado bautizar a “16.000 indígenas en la Araucanía, y se esperaba que este número aumentara aún más si se enviaban más misioneros” (Hanish, 1972, 67).

---

<sup>6</sup> La región fue duramente golpeada por alzamientos indígenas de 1598, 1655, 1723, 1769.

<sup>7</sup> El objetivo estratégico era afianzar el dominio hasta el río Biobío, estableciendo allí una línea de contención mediante la construcción de diecinueve a veinte fuertes a lo largo de su ribera, desde su desembocadura hasta la altura de Nacimiento, que garanticen el dominio al norte del río, asegurando su poblamiento y explotación económica.

Otro aspecto relevante fueron las dificultades geográficas a las que se enfrentaron. Según Rafael Gaune (2011), los informes presentados por los jesuitas ante la Junta de Misiones en 1700 expresaban las dificultades que suponía el territorio para desarrollar tanto actividades económicas como religiosas. A pesar de los obstáculos que implicaban los caminos difíciles, la presencia de nieve, la presencia de ríos y la cordillera, así como la lejanía entre las estancias, los jesuitas lograron superar estos desafíos y dominar el intrincado espacio geográfico del Valle del Itata<sup>8</sup> (Villalobos y Rodríguez, 2017b, 109).

En las estancias jesuitas, se implementó un sistema administrativo eficiente que les permitió dominar la geografía, el trabajo de mano de obra: “indios libres, indios asentados, peones e inquilinos mestizos” (Sánchez, 2009, 154) y adoptar modernas técnicas agrícolas. Además, favorecieron la introducción de nuevas técnicas de cultivo para la producción de vino y aguardiente, la crianza y explotación de ganado, la propagación de árboles frutales y la explotación de los bosques para obtener madera y fabricar tejas y vasijas<sup>9</sup> (Bravo, 2008, 14-15).

La metodología de análisis se basó en el estudio de material bibliográfico relevante sobre la situación económica y misionera en el Valle del Itata. Se utilizaron diversas fuentes, principalmente fuentes primarias impresas como crónicas, documentos inéditos de la historia de Chile y archivos jesuitas. Estas fuentes permitieron verificar el desarrollo económico y misionero en la zona de estudio. El análisis de la información fue interpretativo y se llevó a cabo mediante el estudio de casos. Este enfoque facilitó el análisis de categorías relevantes, que incluyeron: (a) De la frontera del Biobío al Valle del Itata y (b) Red económica en la frontera, lo cual permitió dar respuesta la pregunta y objetivo de investigación.

## De la frontera del Biobío al Valle del Itata

En el año 1593, seis Padres jesuitas<sup>10</sup> y dos Hermanos coadjutores<sup>11</sup> (Hanisch, 1972)

---

<sup>8</sup> La opinión del jesuita debe ser tomada con beneficio de inventario y en todo caso el fenómeno no fue tan halagüeño en Longaví-Ñuble. Un documento de 1657 deja percibir que más al norte la ocupación de la tierra entre río Maipo y el Maule era discontinua, las estancias estaban situadas a más de cuatro kilómetros, a nueva y a trece, una respecto de las otras, de suerte que se podría haber redistribuido la tierra y acomodado a otra gente en las restantes.

<sup>9</sup> En el siglo XVII la exportación de productos de Chile a Perú se reducía a sebo, legumbres y frutos, pero a mediados de siglo los mercados se ampliaron y los bienes exportados variaron, un factor que contribuyó fue el terremoto que afectó a Perú en 1687, el cual favoreció la exportación de productos agrícolas como el trigo, sebo y cuero, lo que intensificó las estancias coloniales.

<sup>10</sup> El prestigio de los Padres jesuitas se debió principalmente por la defensa y difusión de la fe, cumplimiento de sus deberes religiosos, rígida disciplina y su indomable valor y ciega obediencia a los superiores. Estas cualidades fueron reconocidas en Europa, Asia, China y Japón. A “América” llegaron a las costas de Bahía en 1549 y en 1556 a Florida, en 1568 a Perú y en 1572 se establecieron en Nueva España. En el caso de Chile, en 1577 el Rey Felipe II, dictó una real cédula que autorizaba a los jesuitas el ingreso a Chile, sólo en 1590 partió desde España una misión compuesta por ocho religiosos, bajo las órdenes del Padre Juan Ramón. Sin embargo, a la llegada de esta expedición al Perú, el provincial de la orden Padre Sebastián de la Parra la reestructuró, considerando que era necesario enviar religiosos más experimentados en torno a las costumbres y lengua de los indígenas.

<sup>11</sup> Estos religiosos fueron los Padres Baltazar de Piñas, Luis Estella, Luis de Valdivia, Gabriel Vega, Hernando de Aguilera, Juan Olivares y dos coadjutores Fabián Martínez y Miguel Telaña.

llegaron a Coquimbo y desde allí se trasladaron por tierra hasta la capital del reino<sup>12</sup> (Sottorff, 2014). En Santiago, los vecinos los recibieron con alegría y recogimiento, y al poco tiempo, donaron “3.916 pesos para que los Padres pudieran adquirir un local para establecer su primera residencia” (Valdés, 1985, 13). Otras donaciones se sumaron rápidamente. En el año 1595, los capitanes Andrés de Torquemada y Agustín Briceño donaron “todos sus bienes, incluyendo viñas, una chacra y una hacienda o estancia, para la fundación y sostenimiento del Convento o Colegio de Santiago”. Sebastián García Carreto donó la hacienda Bucalemu o Butalemu, y los hermanos Francisco y Gonzalo Ferrada entregaron sus bienes, valorados en 17.000 pesos, que los jesuitas utilizaron para comprar una casa donde establecieron el Noviciado (Sottorff, 2014, 172).

Estas acciones en favor de los jesuitas tenían como objetivo promover la misión evangelizadora que iban a llevar a cabo en la frontera del Biobío. El gobernador Martín García Oñez de Loyola solicitó al Padre Luis de Valdivia (Díaz, 2011) apoyo para enviar religiosos al territorio indígena. Los Padres Hernando de Aguilera y Pedro Gabriel de la Vega fueron enviados y se esforzaron por conocer las costumbres y modos de vida de los indígenas, incluso aprendieron el mapudungun para redactar algunos catecismos. Otros medios predilectos de evangelización fueron los bautizos masivos de indígenas, así como el uso de la música, teatro y pintura. Esta actitud misionera se fortaleció a partir de 1607 con la creación de la provincia jesuita del Paraguay (Page, 2019), de la cual Chile formó parte hasta 1625 (Rondón, 1997). Durante esta etapa, la preocupación de los jesuitas en Chile se centró en tres aspectos: crear y establecer casas de formación para aumentar sus cuadros, resolver la política indígena en torno a los servicios personales<sup>13</sup> (Góngora, 1970; Hanisch, 1972) y desarrollar una estrategia para abordar el problema de la Guerra Ofensiva.

Hacia el año 1604, el Padre Luis de Valdivia<sup>14</sup> ya había comenzado a estudiar las costumbres y las relaciones entre indígenas y españoles con el propósito de elaborar argumentos en contra de la Guerra Ofensiva y del servicio personal de los indígenas<sup>15</sup> (Díaz y

---

<sup>12</sup> La población de la ciudad Santiago no superaba los mil habitantes, tenía poco más de ciento sesenta casas bastantes humildes. La vida religiosa ocupaba un lugar importante en los vecinos de Santiago, se destaca los conventos de San Francisco, Santo Domingo, La Merced, un monasterio de monjas, las de San Lázaro, de San Saturnino y de nuestra Señora de Guía.

<sup>13</sup> En 1608 se celebró la primera Congregación Provincial, dirigida por el Padre Diego de Torres Bollo. En dicha reunión se destaca la renuncia al servicio personal de los indígenas, considerada por los jesuitas como una forma de esclavitud, siendo reemplazada con africanos esclavizados. De la renuncia al servicio personal, se interpreta el posible origen del inquilinaje en las propiedades de los jesuitas, institución que más tarde se hizo extensiva al resto del territorio chileno. Ver Page, (2021), quien aborda la primera evangelización llevada a cabo por los jesuitas entre la población indígena huarpe desde su residencia en Mendoza. El estudio examina si la labor de los jesuitas tuvo un enfoque centrado en la catequización religiosa o si también incluyó elementos de ayuda social y supervivencia para los indígenas. A través del análisis de fuentes históricas, el autor explora las estrategias y prácticas empleadas por los jesuitas en su interacción con la población huarpe. El artículo pone de relieve la complejidad de esta relación, revelando cómo los jesuitas combinaron esfuerzos catequéticos con medidas para aliviar las dificultades y necesidades de los indígenas, lo que sugiere una aproximación multifacética en su labor misionera. El estudio contribuye a la comprensión de las dinámicas de evangelización y asistencia social durante el período colonial en la región de Mendoza.

<sup>14</sup> El Padre Luis de Valdivia residió en Chile durante tres etapas de su vida 1593-1601, 1605-1606 y 1612-1619.

<sup>15</sup> El Padre Luis de Valdivia le favorecieron algunos factores que permitieron proponer la guerra defensiva. En primer lugar, “el alejamiento de Valdivia del escenario de la guerra, que debió de ayudarlo a reflexionar sobre el problema de forma más desapasionada que en Santiago y sin los condicionantes sociales que allí tenía, ya



Gaune, 2014). En su opinión, la Guerra Ofensiva tradicional era inútil para “sofocar la rebelión y pacificar el reino, y seguiría siéndolo, sin importar cuántos recursos se destinaran a ella” (Díaz y Gaune, 2014). Valdivia consideraba que la injusticia social era la causa de la rebelión y de la persistencia de la guerra en Chile. Para él, la solución a la guerra radicaba en establecer un vínculo directo entre “las condiciones materiales de vida, los equilibrios sociales estructurales y la estabilidad política, y también en abordar la necesidad de traer la justicia social” (Díaz y Gaune, 2014, 25).

José Manuel Díaz Blanco y Rafael Gaune Corradi (2014), resaltan que el Padre Valdivia buscaba potenciar la predicación del Evangelio pero que, en aquel contexto de guerra y explotación laboral, esta tarea era imposible. Los indígenas no eran receptivos al mensaje cristiano porque lo asociaban con los hombres que abusaban de ellos y los maltrataban. Consideraban que cualquier “sacerdote traería consigo a españoles dispuestos a aprovecharse de su trabajo y arruinar sus vidas. Para Valdivia, era necesario predicar con el ejemplo, no solo con palabras. El Padre Luis de Valdivia mostró un profundo interés en aprender el mapudungun con el objetivo de llevar a cabo la evangelización en la lengua de los indígenas (Pages 2021). Por tanto, solo habría paz cuando existiera justicia, y solo “habría Evangelio cuando hubiera paz” (Díaz y Gaune, 2014, 26).

La creación de espacios socialmente construidos y fortalecidos por las relaciones sociales era un factor fundamental para comprender el plan de Valdivia y su contribución a la formación de la segunda frontera en el Valle del Itata. Su solución implicaba combatir los abusos de los españoles mediante prácticas que favorecieran la paz y la convivencia. En el año 1612, el Padre Luis de Valdivia mencionó que la Guerra Defensiva tenía como objetivo defender la zona norte del territorio, utilizando a los misioneros jesuitas para cruzar la frontera e insertarse en el territorio con el fin de convertir a los indígenas<sup>16</sup> (Astrain, 1912; Harnisch, 1972 & Encina, 1940).

Valdivia concebía la frontera del Biobío como una unidad política y geográfica compuesta por dos naciones que debían aprender a convivir en un mismo territorio. Consideraba que esta interacción debía trascender el enfrentamiento bélico y convertirse en un contacto cultural, favoreciendo así la moralidad entre españoles e indígenas. La incorporación de las ciudades fronterizas desempeñaría un papel fundamental en la evangelización e instrucción para lograr dicho propósito.

El Padre Valdivia comprendió que la frontera no solo estaba marcada por fuertes, sino también por ciudades fronterizas como Concepción y Chillán. La ciudad de Concepción

---

que [diversos problemas con el gobernador Alonso García Ramón lo obligan a retirarse a Perú]. Se ha contado también con el contexto político de Lima, donde se produjo entonces el debate sobre la I cédula de los servicios personales de la conflictividad social y política en Chile. Y se ha barajado también la influencia intelectual de los correligionarios jesuitas de Perú, entre los cuales ha salido a relucir el nombre de P. Alonso Mejía Venegas, uno de los protagonistas más activos en el debate sobre la cédula”.

<sup>16</sup> La guerra defensiva tuvo algunos resultados adversos en torno a la estrategia de una paz permanente. El cacique Ancanamún “(...) dio muerte al Padre Martín de Aranda Valdivia, al Padre Horacio Vechi y a Diego Montalbán que era novicio coadjutor, porque no querían que volviesen al poder del cacique las mujeres de éste, para que pudieran vivir como cristianas lo que no les permitía la poligamia indígena” Esta situación significó que el gobernador Alonso de Ribera prohibiera el ingreso de los jesuitas a territorio indígena. Además, hubo apoyo de militares y religiosos de otras órdenes para censurar al Padre Valdivia, en cuanto a que la guerra era un asunto que correspondían a militares y a la autoridad civil.

desempeñó un papel crucial en la ejecución de la Guerra Defensiva, ya que desde allí se dirigía la acción misionera con el propósito de cristianizar a los indígenas<sup>17</sup> (Barros Arana, 1872, 46).

Según José Manuel Díaz Blanco (2011), antes de 1612, ambas ciudades fronterizas se encontraban sumidas en una considerable depresión económica. Valdivia era consciente de “las diferencias entre las ciudades de la frontera y las que gozaban de una verdadera paz debido a su lejanía física” (Díaz, 2001, 92). Estas diferencias geográficas marcaron una distinción entre los centros urbanos, siendo La Imperial-Concepción responsable del área de Concepción, y Chillán destinada a apoyar el desarrollo de actividades económicas y evangelizadoras.

La estrategia misionera de los jesuitas consideraba, sin duda, las ciudades fronterizas. Si Concepción se convertía en un lugar estratégico para la acción defensiva en la frontera, contribuiría a la colonización con la presencia de oficiales en el Valle del Itata, facilitando la conectividad en el territorio fronterizo y fomentando el desarrollo de actividades agrícolas y ganaderas propias de la zona, ya que ahí se encontraban las mercedes de tierras y estancias que abastecían al ejército y a las ciudades del norte.

La ubicación de Concepción respondía, además, a una estrategia de resguardo y posible recuperación del territorio al sur del Biobío. Esta ciudad, según el Padre Luis de Valdivia (1612), favorecía la “labor misionera” (Villalobos, 1982c, 12). Sin embargo, algunos planteamientos de los jesuitas en Concepción revelaban dificultades, ya que enfrentaban oposición de encomenderos que se negaban a liberar a sus indígenas para llevar a cabo la guerra defensiva, así como de algunos capitanes cuyos planes militares iban en contra de los jesuitas, y también de algunos sacerdotes que veían con recelo el creciente poder de los jesuitas (Barros Arana, 1872, 48).

En Concepción y Chillán se fundaron los Colegios San Francisco Javier (1614) y Naturales (1697), que se vincularon con la guerra de Arauco y la administración económica de las estancias (Muñoz, 1921). Los documentos de las Instrucciones Mexicanas escritas entre 1712 y 1723, según Raúl Sánchez (2009), ayudan a entender la eficacia de la articulación administrativa y los procedimientos requeridos para el adecuado funcionamiento económico de las estancias (Chevalier, 1950).

Además, un factor determinante en las relaciones sociales en el Valle fueron las disputas territoriales entre soldados, encomenderos y misioneros jesuitas. Estos últimos se mantuvieron en Chillán gracias a la caridad de las autoridades y de personas que donaron estancias en el Valle del Itata para apoyar su misión evangelizadora en la frontera.

---

<sup>17</sup> Los jesuitas iban a Concepción a pedir la supresión de las encomiendas o servicio personas de los indígenas, i que la historia les ha tributado los más pomposos elogios por este espíritu filantrópico i caritativo de que aparecían revestidos. Mientras tanto, en cada propiedad que iban adquiriendo en los campos del sur, conservaban para su uso los yanaconas o indios de servicio, como los demás encomenderos contra quienes predicaban, i del mismo modo que en Santiago, habían utilizado los esclavos de que se les hiciera donación.

Tabla 1. Donaciones entregadas al Colegio San Francisco Javier de Concepción. Fuente: Olivares (1875, 82); Barros (1872, 48); Sánchez (2009, 35-38).

Colegio San Francisco Javier de Concepción			
Personas	Donación	Extensión (Cuadras)	Lugar
Pedro García de Alvarado	Un Solar (cercana a la plaza)	---	Concepción
	Merced	1.700	Itata
	La Magdalena	1.700	Itata
Miguel Quiroz	Casa Hacienda	---	Ranquilcaque y Coelemu.
Juan Ventura de Larma y Castilla	Un Solar Cuchacucha	---	Concepción Itata
Gobernador Francisco Lazo de la Vega (1639) Francisco López de Zuñiga Gobernador Alonso de Figueroa (1649) Diego Encalada y Orozco	Longaví   Venta de cuadras	2.000	Maule
		1.500	
		5.000	
		2.000	
Gobernador Juan Henríquez	Solar		Concepción
Diego de Trujillo	Estancia Tongolen o Tomeco Casa		Tomé Concepción
Juan López de Fonseca	Hacienda de Conque Estancia Nuestra Señora de Buena Esperanza	500	Concepción
Diego Medrano	Hacienda de Toguigue	20.500	
Luis Fernández de Córdoba	Cuadra de tierra	150	
Diego González de Liébana	Un Solar de las Cruces		Concepción
Agustín de Cavaría-Isabel Camilo	Estancia San José de Boropengo	500	Estero de Longuén

La Tabla 1 muestra las donaciones realizadas por los gobernadores, soldados y oficiales a los jesuitas en el Valle del Itata, debido a la persistente voluntad de los religiosos de establecerse en la frontera del Biobío, desempeñando un papel importante en el intercambio comercial y cultural con los indígenas. Asimismo, las visitas al Valle, especialmente en ocasiones festivas, contribuyeron a fortalecer su presencia religiosa en la zona.

Es probable que en las estancias del Valle del Itata se celebraran *misas los domingos*, vigiliias, fiestas y retiros espirituales, además de brindar atención a los enfermos; y existía una preocupación especial por el bienestar de los sirvientes y gañanes (Chevalier, 1950, 55). Esta dedicación misionera llevó a que algunas personas ofrecieran dinero y propiedades urbanas y rurales para apoyar su permanencia. El canónigo Pedro García de Alvarado fue el primero en donar propiedades a los jesuitas, incluyendo casas en la plaza de la ciudad de Concepción, un solar adicional y una estancia llamada La Magdalena, que abarcaba 1.700 cuadras de tierra y contaba con viñas y una ganadería considerable, con 500 cabras y numerosos indígenas de servicio (Barros Arana, 1872, 46).

Tras el fallecimiento del presbítero, la estancia La Magdalena, junto con su viña, fue legada al colegio jesuita de Concepción para “apoyar la labor misional entre los indígenas del sur. En el área de Magdalena, surgieron rápidamente otras viñas como Conuco, Batuco, Perales, Guanquehua y Torreón, que controlaron la producción del Valle del Itata” (Stewart, 2015, 111).

Otros donantes, como Cornelio Baeza y José González de Espinoza, entregaron dos parcelas de 440 y 1.000 cuadras respectivamente en Guanquegua y la banda del Itata. Miguel Quiroz donó una casa y una hacienda de 6.000 cuadras en Ranquilcaque y Coelemu, después de que sus propiedades sufrieran deterioro debido a las incursiones indígenas y un terremoto (Barros Arana, 1872, 48). A su muerte, Quiroz dejó en herencia 20.000 pesos para la realización de obras y mantenimiento del colegio en Concepción<sup>18</sup> y 10.000 pesos destinados a la actividad misionera en el territorio del obispado, lo cual facilitó la labor misional y permitió visitar Chillán de manera periódica para ofrecer servicios y celebrar festividades con la comunidad<sup>19</sup>.

A medida que la Guerra Defensiva (1625)<sup>20</sup> no lograba los resultados deseados por los jesuitas en la ocupación pacífica del territorio indígena, estos enfocaron su actividad en “el cultivo y mejora de las haciendas y estancias que adquirirían, las cuales resultaban más beneficiosas que la predicación entre los indios salvajes” (Barros Arana, 1872, 49).

---

<sup>18</sup> Archivo Histórico Nacional Santiago. Fondo Jesuita, en adelante (ANHS. FJ). Vol. 26, foja. 65, 1788.

<sup>19</sup> ANHS. FJ. Vol. 63, foja. 159, 1772.

<sup>20</sup> Los principales enemigos del plan del Padre Valdivia fueron los militares y quienes tenían tierras al norte del Biobío, pues necesitaban mano de obra para efectuar sus actividades agrícolas y ganaderas. Estos enemigos aprovecharon las circunstancias y enviaron procuradores a la Corte española con el propósito de obtener la derogación de la política. Sin embargo, el rey Felipe III, siguió apoyando al Padre Luis de Valdivia hasta el día de su muerte. El nuevo rey Felipe IV informado de la situación de Chile a través de los gobernadores, más la acción de los encomenderos y militares, determinó dar por término la obra del Padre jesuita. La Real Cédula del 13 de abril de 1625 puso término a la guerra defensiva, y se enfatizaba volver a las armas y hacer la guerra a los indígenas, sino además se establecía el sistema de esclavitud para los indios que resultasen prisioneros, a beneficio de los soldados que los capturaban.

La geomorfología del Valle y los ríos Itata y Ñuble fueron factores beneficiosos para los religiosos, ya que permitieron el aprovechamiento de las aguas para “realizar cultivos de riego y de secano” (Vergara, 1938, 37-42). Además, estas condiciones contribuyeron al fortalecimiento del pacto colonial al establecer relaciones económicas y culturales entre los jesuitas, los españoles-criollos y los indígenas.

La entrega de mercedes continuó durante la administración del gobernador Alonso de Ribera. Entre los años 1612 y 1613, se otorgaron 608 cuadras de tierra al teniente Diego Vargas y 50 cuadras a Alonso Prieto. Las estancias de Chacrillas del Nogal, en el partido de Chillán, contaban con 97 cuadras de tierras<sup>21</sup>. Hacia el año 1617, en los partidos de Rere y Puchacay, se producían cerca de 3.000 fanegas de trigo gracias a las condiciones climáticas favorables, las transformaciones del paisaje cultural y la especialización del uso de la tierra. La incorporación de animales domésticos, cereales, legumbres y otras semillas también favoreció la subsistencia de los españoles.

En 1643, Josefa García Sobarzo vendió la merced Vargas (Caimacaquín) a los jesuitas, y nueve años después, el gobernador Antonio de Acuña y Cabrera entregó otras 1.000 cuadras de tierras a la estancia Caimacaquín<sup>22</sup>. La estancia se especializó en “la crianza de ganado y llevaba a cabo importantes matanzas, cuyos productos se exportaban en gran parte al Perú” (Barros Arana, 1999, 38). Además, Diego Molina donó una viña y un molino en las cercanías del río Ñuble.

El gobernador Diego González Montero comprendió la necesidad de favorecer con mercedes de tierras a los oficiales y sargentos por su desempeño en la guerra de Arauco. Por ello, entregó una merced de 500 cuadras de tierras al sargento Alonso de Córdova y Figueroa y, hacia 1622, otra merced de 500 cuadras de tierras a Marcelo Bustamante, ambas ubicadas en el partido de Chillán. Al cabo de 20 años, la segunda propiedad fue vendida para construir el hospital de Chillán.

Es probable que el desarrollo económico de las estancias en el Valle del Itata fuera irregular debido a los continuos ataques indígenas y la falta de conectividad. La guerra quedó marcada por escaramuzas de ambos bandos, pero también hubo períodos de absoluta calma, intercambio comercial e incluso diálogos a través de parlamentos (Zavala, 2015).

## Red económica en la frontera

Los miembros de la Compañía de Jesús desempeñaron una actuación activa dentro del sistema económico colonial, especialmente para “financiar sus labores culturales y educativas, utilizando la actividad agrícola como fuente de sustento para los colegios” (Sottorff, 2014, 172). Los colegios establecidos en distintas partes de Chile les permitieron afrontar los gastos asociados a sus acciones evangelizadoras y el mantenimiento de las estancias (Cushner, 1983).

El colegio estaba bajo la dirección del Padre rector y tenía un doble propósito: mantener eficientemente el servicio educativo y misionero, así como gestionar de manera activa

---

<sup>21</sup> ANHS. FJ. Vol. 32, foja 7, 1784.

<sup>22</sup> ANHS. FJ. Vol. 63, foja 153, 1771.

los aspectos administrativos y económicos relacionados con las estancias (Sottorff, 2014). Guillermo Bravo Acevedo (2008) ha enfatizado que los colegios tenían una dualidad particular, siendo un complejo económico urbano-rural. El procurador se encargaba de determinar las responsabilidades de cada individuo involucrado en el proceso productivo (Bravo, 2006, 40). Las actividades llevadas a cabo en la ciudad eran supervisadas personalmente, mientras que, en las áreas rurales, “las haciendas seguían el patrón de administración económica jesuita, caracterizada por su centralización y jerarquía, y los colegios en sí eran una agrupación de actividades productivas independientes” (Sottorff, 2014, 173). Por ejemplo, el procurador era responsable del adecuado manejo de los bienes de la provincia, asegurando no solo “la eficiencia administrativa, sino también la independencia temporal de cada hacienda o colegio” (Valdés, 1980, 29).

En cuanto a su estructura, Carlos Sottorff señaló que la Compañía se destacó por tener una rigidez en la cual los rangos de mando se establecían claramente. La máxima autoridad era “el Provincial, cuya tarea era velar por el buen funcionamiento de las diversas actividades en su territorio a cargo” (Sottorff, 2014, p. 173). Bajo su mando se encontraba el procurador general del colegio, quien era el administrador (Bravo, 2008; Sottorff, 2014), tenía la obligación de adquirir las mercancías necesarias para las estancias asegurando la eficiencia gracias a “un sistema político de gobierno altamente centralizado y desprovisto de trabas propias de una administración jurisdiccional al clero secular” (Valdés, 1980, 29).

La administración tenía la responsabilidad de asegurar el funcionamiento de las haciendas y estancias, logrando obtener frutos para “el sustento de los religiosos y el sostenimiento de sus colegios” (Chevalier, 1950, 137). La unidad administrativa básica eran los colegios urbanos, los cuales contaban con sus propios bienes, permitiéndoles llevar a cabo negocios y trabajos particulares, además de cumplir con su misión de gestionar o erigir empresas agrarias (Sottorff, 2014).

Los colegios y residencias de los jesuitas en distintas partes de Chile, desde Copiapó hasta Castro, incluyendo los territorios de Mendoza, San Juan y San Luis en la gobernación de Cuyo, contaban con una serie de propiedades o bienes para su autofinanciamiento. En Santiago, por ejemplo, el colegio de San Miguel Arcángel fue el más destacado, contribuyendo a la formación intelectual de niños y jóvenes de época (Contreras, 2014, 40). Destacaban las haciendas de Rancagua, La Punta y La Calera, consideradas las más significativas por su extensión, variedad de cultivos, ganado y producción en general. Por ejemplo, en La Calera funcionaban las mejores industrias propiedad de los jesuitas en el país. Entre las temporalidades de los jesuitas se encontraban molinos ubicados en distintas partes del territorio, utilizados para la fabricación del pan para su propio consumo, y dos boticas ubicadas en Santiago y Concepción, destinadas a los sectores más necesitados y a las misiones de Arauco.

Los colegios fundados por los jesuitas en el obispado de Concepción les permitieron administrar las estancias ubicadas en el Valle del Itata, asegurando y extendiendo sus dominios existentes y reinvertir sus excedentes mediante la incorporación de adelantos agroindustriales traídos desde Europa. Esto facilitó la adquisición de más propiedades y el desarrollo de actividades misioneras, como fue el caso del Colegio de Naturales en la ciudad de Chillán. El 11 de mayo de 1697, se fundó el Colegio de Naturales mediante la Real Cédula, con el propósito de ofrecer una institución educativa para los hijos de los caciques de Arauco. La Compañía de Jesús tomó la responsabilidad de su dirección, inaugurándolo el 23 de septiem-

bre de 1700, y continuando hasta su expulsión en 1767. En el año 1723, a incursiones indígenas, el colegio se mudó a la capital del reino, para luego retornar a Chillán en 1786, esta vez bajo la supervisión de la orden franciscana.

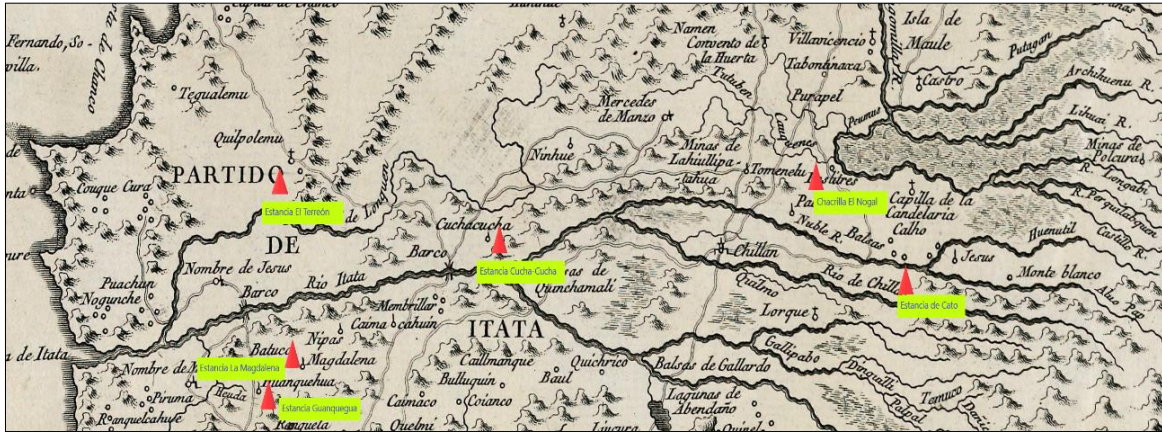


Fig. 2. Ubicación de las estancias jesuitas en el Valle del Itata. Fuente: López (1993), Mapa de una parte de Chile, 1777.

En la figura 2 se observan las estancias de los jesuitas en el Valle del Itata. La distribución de cada una en el partido y los colegios se presentan en la tabla 2.

Tabla 2. Distribución de las estancias ubicadas en los partidos de Itata y Chillán. Fuente: ANHS. FJ. Vol. 96 foja 42, 1757.

Colegio San Francisco Javier “Ciudad de Concepción”	Colegio de Chillán
Longaví	La Chacrilla
Cuchacucha (Itata)	Cato (Chillán)
Magdalena (Itata)	Molino de las tierras del Nogal (Chillán)
Tierras del Torreón (Itata)	
Guanquegua (Itata)	
Caimacaquín	
El Torreón	
Andalién	

La hacienda de Longaví tuvo como principal actividad la crianza y explotación ganadera. Llegaron a tener 1.200 cabezas de ganado carnero y ovejas (Sánchez, 2009). Por su parte, la estancia Cuchacucha, ubicada en el partido Itata, poseía una extensión de 2.400 cuadras de tierras, tenía algunos edificios, una viña y lagares.

Tabla 3. Estancia Cuchacucha. Fuente: Sánchez Andaur (2015, 40)

Estancia Cuchacucha (Itata)	Características
Extensión	2.400 cuadras
Vivienda	31 ½ varas de largo. -Oratorio, dos corredores -Una bodega 42 ½ de largo 2 corredores cubiertos de teja Techado de totora de 30 varas ½
Actividad económica	Vinos y aguardientes

El capitán Juan de Ocampo unió los seis predios que fueron adquiriendo en los bordes norte de los ríos Ñuble e Itata:

“llegó a formar la estancia Cucha-Cucha, ubicada al norte de los ríos de la confluencia de esos ríos. La llamó así en honor al estero del mismo nombre que la atravesada y desaguada en el Ñuble, en el cual había un lavadero, por existir en la corriente de sus aguas bastante oro en polvo. Luego, en el 1727, les fue legada a los jesuitas, quienes la trabajaron por 40 años, hasta 1767. A tres años de su llegada, en 1730, un lugareño instaló por su cuenta una balsa en el río Itata hacia el poniente de la unión de los dos ríos” (Grez, 2015, 179).

La estancia Cuchacucha fue tasada por Simón Durán en \$4.020<sup>23</sup>, mientras que Alonso de Fuente la tasó en \$6.789<sup>24</sup>. En 1768, José Bustos la arrendó por 700 pesos<sup>25</sup>, y en 1776, Juan Alejandro Urrejola la adquirió por \$9.900, que debían pagarse en 8 años con un interés anual del 5%. Urrejola fue respaldado, es decir, garante por José Puga Girón, Ramón de Zañartu, Alejo de Artigas y Jerónimo de Gómez, quienes cada uno contribuyeron con \$2.475 junto con sus respectivos intereses<sup>26</sup>. Según el inventario de 1800, Alejandro de Urrejola adeudaba por cuenta capital desde 1792 la cantidad de \$3.846<sup>27</sup>.

En cuanto a la estancia La Magdalena (Fig. 3), su producción era diversificada, permitiendo el desarrollo de diversas actividades agrícolas, ganaderas y vitivinícolas. Los jesuitas implementaron adelantos como lagares, utensilios de labranza, molinos, telares y curtiembres para mejorar la producción (Vergara, 1938).

<sup>23</sup> ANHS. FJ. Vol. 12, foja 145, 1768.

<sup>24</sup> ANHS. FJ. Vol. 12, foja 145, 1768.

<sup>25</sup> ANHS. FJ. Vol. 12, foja 192, 1768.

<sup>26</sup> ANHS. FJ. Vol. 37, foja 59, 1791.

<sup>27</sup> ANHS. FJ. Vol. 25, foja 295, 1800.





Fig. 3. Croquis de la estancia La Magdalena. Fuente: AHNS, mapoteca, pieza N° 267, fondo jesuita citado en (Castro, 2020, 113).

Los jesuitas impulsaron una importante labor en torno a los predios agrícolas y ganaderos, aprovechando los cursos de agua para realizar cultivos de riego y de secano. En el área de estudio, construyeron un sistema de balsas para cruzar los ríos, facilitando la comunicación con las ciudades de Concepción y Chillán, y contribuía al abastecimiento del comercio fronterizo y de las tropas. Por ejemplo, las estancias Cuchacucha y La Magdalena mantenían un servicio de balsas a lo largo del Itata para transportar sus productos, como vinos y aguardientes que se enviaban hasta Concepción. Estas acciones les permitieron participar en un mercado regional, estableciendo relaciones comerciales con otras regiones del país y el mercado peruano. Aunque eran una minoría, su capacidad productiva, capitalización, transporte y gestión les permitía acceder a múltiples mercados (Pacheco, 2003).

Tabla 4. Estancia Magdalena. Fuente: (Sánchez, 2009, 35).

Estancia La Magdalena	Características
Extensión	6.000 cuadras
Vivienda	1
Cabras	500
Ovejas	1.000
Plantas de viñas	13.000

La estancia La Magdalena tuvo una destacada producción centrada en la crianza y explotación ganadera, llegando a contar con 500 cabras y 1.000 ovejas. Además, sobresalió por la producción de vinos y aguardientes, contando con 13.000 plantas de viñas, un lagar, bodegas, una considerable cantidad de ganado y todos los implementos necesarios, incluyendo una curtiembre. Sin embargo, el 14 de febrero de 1655, la producción de la estancia fue abruptamente interrumpida por el alzamiento indígena, que se extendió entre el Maule y el Biobío, debido “al maltrato que recibían de los encomenderos” (Barros Arana, 1872, 49-50). Los indígenas se sublevaron, asesinaron a los españoles, robaron el ganado y destruyeron las casas.

En esta emergencia, los jesuitas fueron afectados considerablemente. Sus propias personas de servicio, entre ellos uno que había sido bautizado por los Padres con el nombre del santo fundador de la Compañía, “se unieron a la rebelión y tomaron parte en el saqueo de las haciendas” (Barros Arana, 1982, 50).

Sin embargo, algo excepcional ocurrió en la estancia La Magdalena. A diferencia de otras propiedades, no se produjo daño alguno, sino que los indígenas despidieron a los inquilinos, enviándolos hacia Concepción para protegerlos de la rebelión. Esta situación particular se debió al respeto y cariño que los indígenas sentían por los sacerdotes jesuitas, quienes los trataban con gran humanidad y generosidad. Los indígenas “valoraban profundamente a los sacerdotes, considerándolos como Padres que siempre los habían tratado bien, lo que les generó agradecimiento y respeto” (Enrich, 1891, 617-618; Olivares, 1875, 209).

Una de las estrategias adoptadas por los jesuitas para proteger las estancias de los ataques indígenas fue con la construcción de fuertes, que fueron financiados con recursos propios de los religiosos. En el caso de la estancia La Magdalena, se erigió un fuerte con palizadas y dos torreones, los cuales contaban con piezas de artillería de madera y estaban guarnecidos por soldados bajo las órdenes del Padre Francisco de Astorga (Enrich, 1891). De manera similar, en la extensa hacienda de Longaví, también se construyeron fortificaciones, aunque esto dificultó la conectividad con otras estancias.

La recuperación de La Magdalena fue un desafío debido a la falta de seguridad en el territorio y al éxodo de los habitantes de Chillán hacia la zona del Maule. Durante un período de 10 años, la economía de la región se vio afectada por la escasa producción en las estancias, lo que llevó a las autoridades a recurrir a Santiago y La Serena para abastecer Concepción, así como a la población trasladada al Maule y al ejército.

La explotación de las minas de Potosí en el Alto Perú a partir de 1680, seguida por su terremoto, generó necesidades económicas que representaron una oportunidad para que las estancias se especializaran en actividades agrícolas, ganaderas y vitivinícolas. Estas actividades se convirtieron en la principal organización económica durante la colonia. En los siglos XVII y XVIII, por ejemplo, la zona comprendida entre el río Maule y la isla de Laja mostró una tendencia hacia la ganadería y la agricultura. Esta coyuntura en el Perú intensificó la economía de la zona central, duplicando las siembras de trigo en el Valle del Itata y promoviendo un cambio de cultivos locales de subsistencia a cultivos destinados a la comercialización internacional.

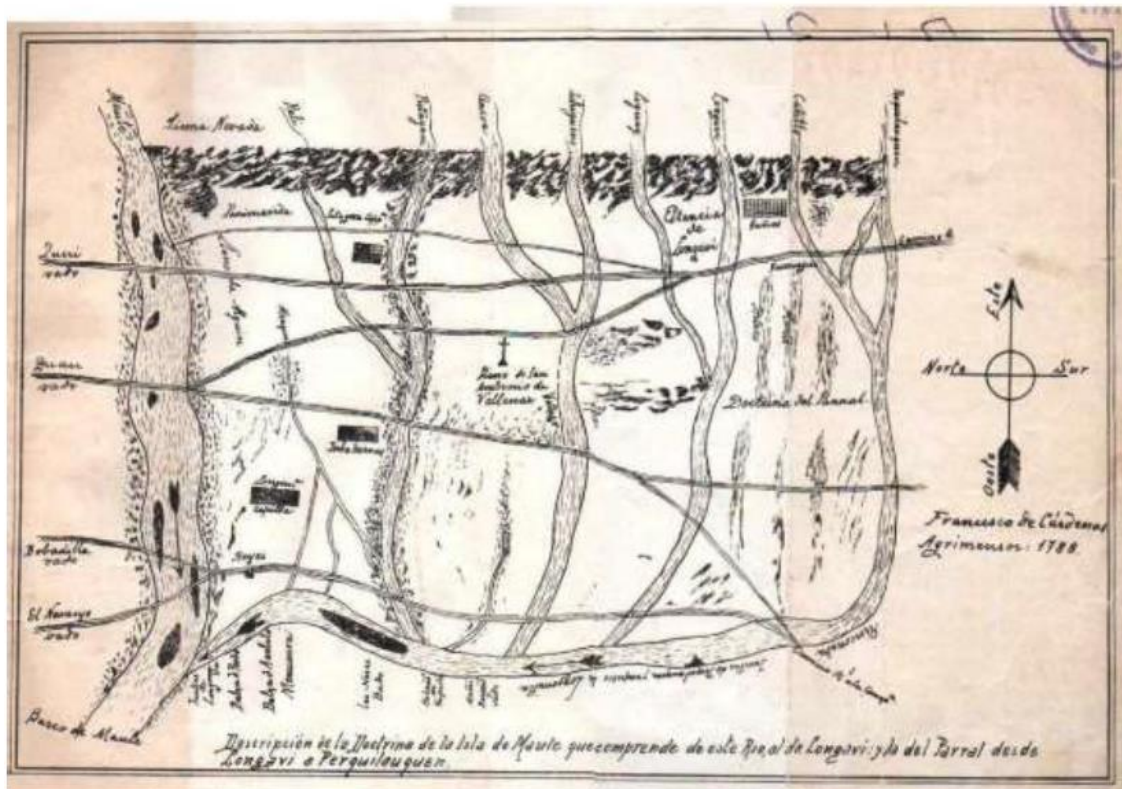


Fig. 4. Croquis Estancia de Longaví. Fuente: AHNS, mapoteca, pieza N° 216, fondo varios citado en Castro (2020, 127).

La administración de los molinos en el obispado de Concepción, pertenecientes a los Colegios San Francisco Javier y Naturales, contribuyó al fortalecimiento de la producción de cereales y legumbres, así como a la crianza de ganado, además de la incorporación de tecnología en dichas actividades.

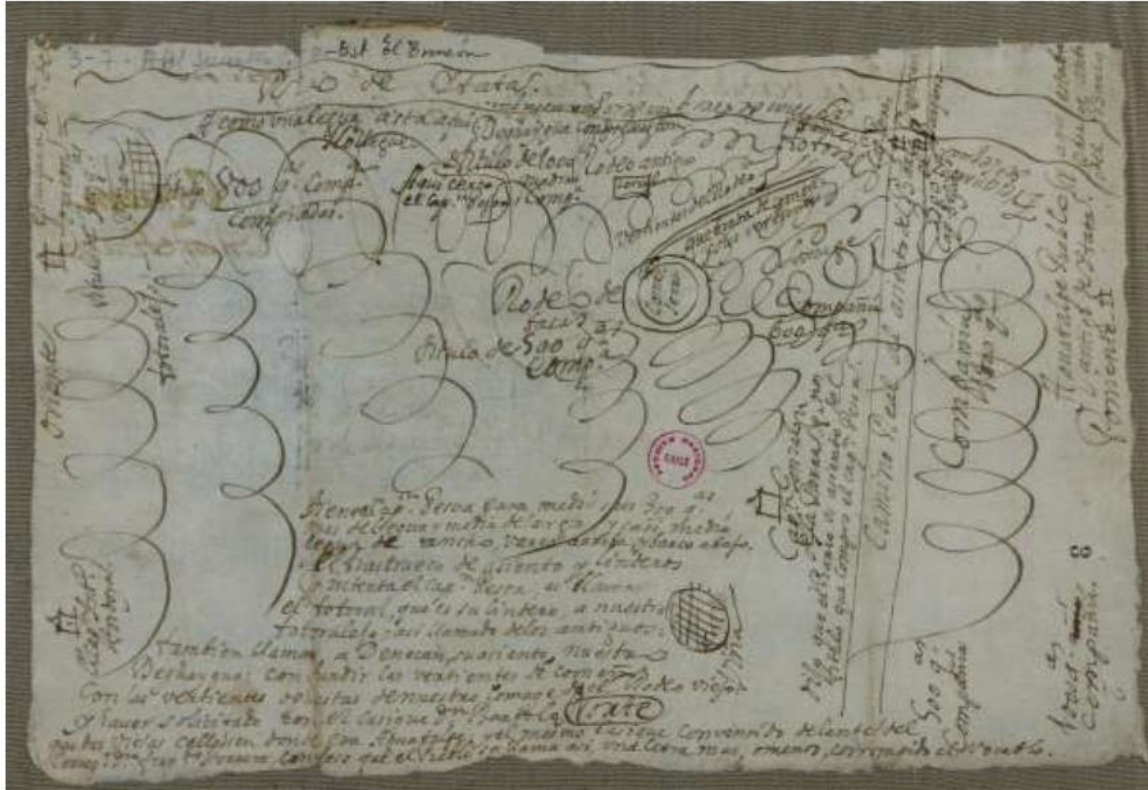


Fig. 5. Croquis Estancia San Ildefonso del Torreón. Fuente: AHNS, mapoteca, pieza N° 269, fondo jesuita citado en (2020, 123).

Tabla 5. Molinos en las estancias de los jesuitas Fuente: Sánchez Andaur (2009:87)

Colegio Francisco Javier de Concepción		Colegio Naturales de Chillán	
	Molino	Estancia	Molino
Longavi	2	Chacra “el Maipón”	1
San Ildefonso del Torreón	1	Ciudad de Chillán	1

Las estancias implementaron el sistema de explotación extensiva, el cual se basaba en extensos potreros destinados a la engorda de animales y extensiones de terreno en barbecho para futuros cultivos. Por ejemplo, se sembraban amplias cuerdas de dos tipos de trigo: trigo moreno ordinario, de mayor rendimiento para el autoconsumo, y trigo banquillo de mejor calidad destinado a la exportación al Perú. La producción de trigo fue tan relevante que se detectaron numerosas estancias dedicadas a su cultivo (Reyes, 1981, 12).

Las estancias ubicadas en los partidos de Itata y Chillán contribuyeron al desarrollo de la producción destinada “al autoconsumo, con niveles mínimos de excedentes. Cultivaban

diversos productos como vino, trigo, papas, legumbres y otros productos agrícolas. El éxito económico dependía de la extensión de la superficie de la estancia, la calidad del suelo y la infraestructura productiva” (Pacheco, 2003, 26).

La actividad agrícola de los jesuitas se centró principalmente en la producción de trigo y cebada, introduciendo mejoras en las técnicas de cultivo y riego. Por ejemplo, administraban molinos que funcionaban con la fuerza hidráulica y contaban con personal indígena para tareas específicas, como carpinteros y herreros, encargados de reparar los arados, martillos y hachas para mantener las prácticas agrícolas eficientes. También implementaron sistemas de rotación de cultivos, mejoras en el riego y la integración de nuevos bueyes para el trabajo.

Además de la crianza de ganado, las estancias establecieron sistemas eficientes de faenamiento, especialmente para la elaboración de cueros de cabros conocidos como cordobanes, lo que les permitió comerciar tanto en el mercado local como en el externo, con Perú (cueros y sebos) y Buenos Aires (vinos y aguardientes).

La estancia La Magdalena fue especialmente destacada en la actividad vitivinícola, con 49.733 plantas de viñas<sup>28</sup>. A mediados del siglo XVIII, esta estancia contaba con “un lagar y bodegas que producían una gran cantidad de vino, considerado el mejor de todo el partido, además de contar con curtiduría y molino, lo que contribuía al sustento del colegio” (Olivares, 1875, 116). Otras estancias, como San Ildefonso del Torreón y Guanquegua, también compartían características similares, con mano de obra indígena y edificaciones como molinos, herramientas de hierro y ganado.

Tabla 6. Número de animales de hacienda y estancias. Fuente: Sánchez (2009, 111-112)

Hacienda Longaví		Estancias Cuchacucha		Estancia El Torreón		Estancia Cato	
Animales	Número	Animales	Número	Animales	Número	Animales	Número
Vacunos	8.475	Vacunos	162	Vacunos	230	Vacunos	319
Yuntas de bueyes	36	Yuntas de bueyes	7	Vaquillas	26	Yuntas de bueyes	22 ½
Yeguas	695	Yeguas chúcaras	71	Toros	24	Yeguas	85
Caballos mansos	331	Caballos de trajín	22	Ovejas	960	Yeguas mansas	18
Potros	192	Potrillos	18			Mulas mansas	33
Mulas	9	Mulas	7			Burras	18
Cabras	891	Borricos	8			Caballos	47
Ovejas	4.580	Ovejas	740			Ovejas	1.700

<sup>28</sup> ANHS. FJ. Vol.39, foja 163, 1786.

La red establecida entre las propiedades agrícolas de los jesuitas desempeñó un papel fundamental en la mejora de la eficacia de la producción ganadera. De los vacunos, se obtenía charqui, cueros de suela, sebo y cordobanes utilizados para la fabricación de zapatos. De los ovinos, se conseguía carne fresca, grasa y sebo. Además, los jesuitas tenían talleres de construcción de muebles y un astillero en Quivolgo (ubicado en la zona del Maule) que fabricaba embarcaciones menores.

Otra de las acciones significativas de los jesuitas fue la creación de sus boticas, que los convirtió en los principales abastecedores de la sociedad colonial. Una de estas boticas, ubicada en Santiago y perteneciente al Colegio Máximo de San Miguel, destinaba sus productos al auxilio de los pobres. La otra se encontraba en Concepción y estaba destinada a las misiones de Arauco. La red económica se extendía por todo el territorio del Itata<sup>29</sup> (Barros Arana, 1872, 52). Los colegios actuaban como elementos articuladores con las estancias, lo que facilitó su expansión hacia otras zonas del territorio como Arauco, Yumbel, Rere y Chillán. El Colegio de Naturales (1697), por su parte, fue el núcleo de las actividades económicas y educativas de los jesuitas en Chillán<sup>30</sup> (Barros Arana, 1872).

Las estancias de Cato, Nogal y Chacrilla se especializaron en actividades de explotación extensiva y extensión menor, destinadas a la engorda de animales, cultivos de trigo y hortalizas (Pacheco, 2003).

Por otro lado, en Chillán, los Padres jesuitas continuaron hacia finales del siglo XVII y principios del XVIII recibiendo donaciones de casas, solares y viñas por parte de vecinos de la ciudad, con el objetivo de fortalecer el proyecto económico y evangelizador en la zona de frontera.

---

<sup>29</sup> Las casas que fueron adquiridas en Concepción estaban rodeadas de cuartos de alquiler que servían para tiendas y arrendamiento. Los Padres retribuían al pueblo las sumas que recibían por medio de la predicación, de los ejercicios, de las procesiones, de las fiestas religiosas, de la conversión de algunos indios, que estando alejados de su familia y reducidos a vivir en Concepción como prisioneros o como trabajadores se dejaban bautizar fácilmente.

<sup>30</sup> A doce leguas al oriente de la ciudad de Concepción establecieron una casa de residencia que llegó a tener una importancia no menor. Luis de Valdivia dividió a sus operarios en dos cuerpos que debían obrar casi simultáneamente. Una vía fue el establecimiento del fuerte que tenían los españoles en Buena-Esperanza, punto medianero entre Talcamán y Yumbel. Apoyaron la misión los jesuitas Vicente Modelell y Antonio Aparicio. El Padre Modelell empezó su obra predicando a los indígenas de paz y entablando negociaciones con los indígenas del otro lado del Biobío. Es importante destacar que la empresa efectuada por los religiosos determinó establecer una iglesia y un convento, con el objeto de que los misioneros tuviesen donde acogerse. Los donativos y el trabajo de los vecinos, los Padres se proveyeron de madera y de otros materiales para ensanchar sus habitaciones y mejorar la iglesia. Los jesuitas fueron los intermediarios para la evangelización. Un ejemplo de donación fue Ventura Beltrán les dejó una viña con su correspondiente bodega; Juan de Fonseca donó terrenos; el sargento mayor Francisco Rodríguez de Ledesma, estando para morir, pidió el ser admitido de la Compañía a la hora de la muerte. Posteriormente, la misión de Buena-Esperanza fue elevada al rango de colegio en 1652, y tuvo desde entonces como subsistir con toda holgura. El alzamiento general de 1655 obligó a los jesuitas de Buena-Esperanza a abandonar su residencia, como a casi todos los estancieros de aquellas provincias. Los indígenas, embravecidos por la desesperación de verse sometidos al penoso trabajo que les imponía el sistema de encomienda, se habían rebelado contra sus opresores, cometían por todas partes las mayores depredaciones y en el primer momento, obligaron a todos los españoles a buscar su salvación en la fuga más desordenadas y lastimosas hasta llegar a Concepción

Tabla 7. Donaciones entregadas al Colegio Naturales de Chillán. Fuente: Sánchez (2009, 40-51).

Colegio de Naturales de Chillán			
Personas	Donación	Extensión	Lugar
Luis de Toledo	Una Casa Viña	500	
María de Ayala	Medio Solar		Chillán
Petrolina de la Fuente	Medio Solar		
Jorge de Armentero	Casa Medio Solar Suelo de diente	2	

La chacra El Maipón, ubicada a 58 cuadras de la ciudad de Chillán, contaba con un molino y una viña. Según Raúl Sánchez Andaur, fue comprada por el Padre Francisco Xavier Gómez en ciento ochenta y seis pesos y cuatro reales, además de tener otras cuatro tenencias: 98 cuadras compradas al capitán Joseph Gatica en 1729; 50 cuadras en la traza de la ciudad, adquirida al cura y vicario de Chillán, don José Belmar; 4 cuadras adquiridas en 1725 al capitán Francisco Simón de Fonseca, “en que hay un molino tasado en trescientos veinticinco pesos y una higuera en dos pesos”, y otra donada por Alonso Prieto (Sánchez, 2009, 51).

El molino ubicado en la chacra El Maipón solía arrendarse regularmente por “una fanega de trigo a la semana”, siendo tasado en ciento diez pesos debido a su escasez de agua, y finalmente avaluado en doscientos cincuenta pesos (Sánchez, 2009, 51).

Para mejorar la conectividad en el Valle, se buscó resolver la ocupación del espacio rural y se mejoró el incipiente camino real que dificultaba el transporte de productos a distintas partes del obispado. Esto no impidió que los jesuitas continuaran con su obra misionera y educativa, y en 1719, el obispo de Concepción, Juan Nicolarde, les otorgó 2.000 pesos en dinero para costear el viaje de los misioneros. La primera expedición de estos predicadores desinteresados terminó en marzo de 1720, habiendo logrado “5.576 comuniones; las confesiones pasaron de 6.000, y más de 500 de ellas eran confesiones generales” (Barros Arana, 1872, 53).

Tabla 8. Estancia de Caimacaquín “San Emericio”. Fuente: Sánchez (2009)

Estancias de Caimacaquín “San Emericio” (Itata)	Características
Extensión	1.000 cuadras
Viña	25.023
Ovejas	160
Yeguas	15 (momento de su expulsión)
Lagar	1
Vasijas	460
Bodega	336 metros

Mantuvieron la estrategia de ocupación del espacio rural, acercando las estancias a los caminos y las ciudades de Concepción y Chillán. Por ejemplo, la estancia Caimacaquín favorecía el comercio y la administración debido a su ubicación estratégica.

La estancia Caimacaquín, situada en el partido del Itata a diez leguas de la ciudad de Chillán, originalmente pertenecía a Josefa García de Sobarzo y disponía de un molino y una viña. Sin embargo, en 1643, los jesuitas adquirieron esta propiedad mediante una compra por la suma de \$5.400 pesos. En los registros documentales se puede constatar que la estancia Caimacaquín contaba con las siguientes cuadras:

Tabla 9. Cuadras de la estancia Caimacaquín “San Emericio”- Fuente: ANHS. FJ. Vol. 63, foja 153, 1771.

Gobernador	Entrega	Cuadras	Año
Alonso de Ribera	Teniente Diego Vargas	608	1612
Antonio de Cuña y Cabrera	Donación a la Compañía de Jesús	600	1652

Tras la expulsión de los jesuitas en 1767, se realizó una tasación de la estancia que resultó valorada en \$9.164. En 1768, fue arrendada por José Bustos por \$500<sup>31</sup> y posteriormente, en 1776, fue rematada<sup>32</sup>, siendo adquirida por José Puga y Girón, quien pagó \$6.820 en un plazo de 6 años con un interés del 5% anual sobre la deuda<sup>33</sup>.

<sup>31</sup> ANHS. FJ. Vol. 32, foja 140, 1781.

<sup>32</sup> Según el gobernador Antonio Guill de Gonzaba envía una misiva al Conde de Aranda (1767) dando cuenta de su gestión. En el mismo día fueron ocupadas todas las haciendas por comisionados de mi satisfacción que a este fin previne, haciéndolos salir con anticipación según la distancia de cada una, con las órdenes más estrechas y eficaces para su puntual ejecución y conservación de todo lo que secuestrasen, las cuáles han seguido a proporción de la necesidad que se ha representado de cada paraje. Con esta mira he mandado generalmente conducir a esta real caja de todos los destinos, el dinero, alhajas de plata y vasos sagrados ocupados, disponiendo a este fin pieza separada y caja de tres llaves, donde según viene aún de los parajes más remotos (por contarse desde Chiloé a Copiapó, cerca de ochocientas leguas), se va depositando con la cuenta y razón que corresponde, previniendo al mismo tiempo se sacasen y subastasen en remate público, todos aquellos bienes, caldos, frutos y efectos sujetos a corrupción o deterioro, a fin de evitar su pérdida, asegurando en caja su importe como se va felizmente practicando. Por lo mismo dispuse sin tardanza se fueren sacando en arrendamiento por remate y con las fianzas más seguras a satisfacción de oficiales reales por el término de un año o hasta que SM otra cosa se digne determinar, todas las estancias, chácaras, haciendas, molinos, casas y demás bienes raíces, a fin de preservarlos de los frecuentes robos que se experimentan en la plebe de este reino, y conservarlas por este medio en el florido estado en que se han encontrado, bien persuadido de la dificultad de conseguirlo por administración de cuenta de la real hacienda, a causa de que cada comisionado trataría antes de su utilidad, prefiriendo ésta a la obligación en que se le constituye por más que mi desvelo se empeñase en la elección de sujetos de toda confianza, que seguramente no encontraría como requiere el asunto, y lo tiene aquí acreditado la experiencia, que nunca producen a SM por mucho sus reales derechos en administración, lo que por arrendamiento; y en estos términos se van logrando ventajosos remates al mismo tiempo que se consigue tenerla siempre cual hoy están, que es obligación de los arrendatarios para cuando SM resuelva lo que fuere de su real designación.

<sup>33</sup> ANHS. FJ. Vol. 32, foja 140, 1781.



Por otro lado, la estancia de las tierras del Nogal, situada cerca de Chillán, abarcaba una extensión de 97 cuadras, contaba con un molino y algunos árboles frutales<sup>34</sup>. En este lugar, los jesuitas realizaron inversiones para mejorar la producción agrícola y ganadera, logrando combinar diversas actividades productivas que contribuyeron a resolver problemas de autoabastecimiento en el obispado y cuyos excedentes eran vendidos en Chillán (Barros Arana, 1872, 89-90). También enviaban parte de la producción a las bodegas ubicadas en Talcahuano, desde donde se exportaba al extranjero. Otra forma de inversión fue la construcción de los molinos (Chacrilla del Nogal), lo que les permitió obtener mayores ingresos por concepto de arriendo de maquinaria.

En 1767, se evaluó la estancia con la intención de establecer su arrendamiento, pero se determinó que el molino no era lo suficientemente productivo debido a la escasez de agua<sup>35</sup>. A pesar de esto, la estancia y el molino fueron arrendados por Francisco Javier de la Barrera por \$30 pesos. En 1773, Domingo Meza arrendó el molino por \$80 pesos<sup>36</sup>; sin embargo, incumplió con los pagos, lo que llevó a subastar nuevamente la estancia. Una de las razones era que no había un capital suficiente entre los españoles que pudiera comprar bienes muy costosos. En 1793, se llevó a cabo la subasta y fue adquirida por Juan Tuburcio Acuña en \$500 pesos, a pagar en 9 años<sup>37</sup>.

En 1593, el gobernador Martín García Oñez de Loyola otorgó al capitán Juan Carreras una merced de 500 cuadras de tierra ubicada entre los ríos Cato y Ñuble. Posteriormente, el Padre Luis de Chacón logró obtener un título en la isla de Cato, al norte de Chillán, con el apoyo del gobernador. Sin embargo, su intento se vio interrumpido por la insurrección indígena de 1655. En ese momento, el Padre jesuita Nicolás Mascardí se encontraba auxiliando y predicando a los indígenas de la Compañía de Jesús, por lo que no pudo regresar al colegio ubicado en Concepción y se vio forzado a dirigirse a Chillán.

Su arribo fue considerado de vital importancia, ya que la noticia del alzamiento tenía aterrorizados a los habitantes y la peste había dejado a la mayoría de los vecinos postrados en cama. Ante esta situación, el Padre Mascardí exhortó a los ciudadanos a mantenerse firmes y resistir con valentía, sin temer a los bárbaros, por más numerosos que fueran. El ánimo que les infundió su exhortación contribuyó significativamente a salvarlos cuando aproximadamente dos mil indios, que avanzaban por caminos ocultos entre las cordilleras, sorprendieron a Chillán.

Tabla 10. Tierras que habían pertenecido a particulares en Cato, antes de pertenecer a los jesuitas. Fuente: ANHS. FJ. Vol. 63, foja 155, 1771; Sánchez, 2009.

Gobernador	Soldado/capitán	Título de tierra	Cuadras	Año
Tomás Marín de Poveda	Capitán Juan Carrasco	Valle de Alico	900	1600

<sup>34</sup> ANHS. FJ. Vol. 32, foja 7, 1781.

<sup>35</sup> ANHS. FJ. Vol. 12, foja 137, 1768.

<sup>36</sup> ANHS. FJ. Vol. 37, foja 67, 1791.

<sup>37</sup> ANHS. FJ. Vol. 37, foja 205, 1798.

Diego González Montero	Sargento mayor don Alonso de Córdoba y Figueroa	Isla de Cato	500	1610
Pedro Osores de Ulloa	Sargento Manuel de Bustamante	Cato	900	1622
don Lope de Ulloa y Lemos	Francisco Jofré	asiento de Perquilauquén	10 cuadras en la isla de Cato	1618
Juan de Henríquez	Sargento mayor don Jorge Gonzalo Olibar/donación a la compañía de Jesús	Valle del Itata	20 cuadras en el Valle	1673/ 1713
gobernador don Diego González Montero	P. Luis Chacón Rojas	isla de Cato hasta Nacimiento de Alico	4.000	1693
Marcos García de Bustamante		Cato	1.500	--
Francisco Toledo Navarrete		Cato	1.300	---

La noche anterior al ataque, un español cautivo que había logrado escapar de los indígenas advirtió a los habitantes, y por eso, cuando los indios llegaron, todos los españoles estaban preparados y en posición defensiva dentro del fuerte. Tras un combate reñido, finalmente los españoles lograron rechazar al enemigo, aunque con notables pérdidas (Enrich, 1891).

Las tierras que originalmente pertenecieron a particulares en Cato fueron gradualmente adquiridas por la orden jesuita a través de compras y donaciones. En 1642, la estancia de Cato fue vendida a petición del obispo de Concepción, Diego Zambrano Villalobos, con el propósito de contribuir a la construcción del hospital de Chillán. El capitán Alonso de Quintana la compró por \$300 y en 1710, Pedro de Córdoba y Figueroa la vendió a los jesuitas por \$100 pesos<sup>38</sup>.

Esta estancia se destacó especialmente por su actividad curtidora. Después de la expulsión de los jesuitas, el inventario reveló que la estancia tenía 145 cabezas de ganado, 200 cabezas de ganado de meses, 290 cabezas de vacuno, 500 cabezas de ganado cabrío, 1.580 ovejas, 121 yeguas, 57 burros, 47 caballos y 10 potros.

En 1768, la estancia fue tasada en \$12,782 y arrendada a Francisco Javier de la Barrera por \$687 anuales. En 1774, fue medida y subastada a favor de Lorenzo Arrau por \$16.170, que debían pagarse en 9 años con un interés anual que no debía superar el 5%<sup>39</sup>. En

<sup>38</sup> ANHS. FJ. Vol. 26, foja 64, 1788.

<sup>39</sup> ANHS. FJ. Vol. 26, foja 64, 1788.

1782, la estancia pasó a manos de Isabel Santa María, viuda de Lorenzo Arrau, pero no pudo cancelar la deuda de \$5,885 y fue nuevamente subastada en 1789<sup>40</sup>

En cuanto al desarrollo industrial en la zona, era bastante limitado y se basaba principalmente en la elaboración de materias primas producidas en el país. La industria molinera era primitiva y abastecía principalmente el mercado doméstico; las exportaciones de harina solo adquirieron relevancia en el siglo XIX. En Chillán, existía una industria que producía bayetas de baja calidad, comercializándolas en todo el país. Esta industria se basaba en las artesanías tradicionales de los habitantes de la zona (Ruíz-Tagle, 1966).

El comercio chillanejo se enfocaba principalmente en la crianza de diversas especies animales y la producción agrícola. Destacaban numerosas vacadas, que eran sometidas a abundantes matanzas, así como una gran cantidad de ganado caballar utilizado para el transporte de los frutos. También se contaba con extensas manadas de cabras para la obtención de sebo y pieles, y rebaños numerosos de ovejas con lana de excelente calidad, que se utilizaba para fabricar sombreros, frazadas y bayetas. Prácticamente cada hogar en la provincia tenía un telar (Goyeneche, 1876).

Los jesuitas se convirtieron en una de las fuerzas económicas más importantes de la región de Chile debido a su especialización productiva, la dependencia en el intercambio comercial de diversos productos agrícolas, manufacturados y herramientas. Gracias a esto, pudieron establecer una sólida conexión entre los colegios del obispado de Concepción y los mercados internos y externos.

Otra inversión significativa realizada por las estancias jesuitas fue la producción de vino. Se elaboraban dos tipos: los moscateles y los vinos ordinarios, siendo estos últimos conocidos como *negra*. Jorge Gilbert Ceballos (2014) destaca que los patrimonios agrícolas de los jesuitas en el obispado de Concepción tenían una presencia importante en la actividad vitivinícola, y que producían el vino de mejor calidad en el reino.

Tabla 11. Viñas de las estancias. Fuente: Sánchez (2009, 90-100).

Estancia la Magdalena		Estancias Cuchacucha		Estancia Caimacagüin	
Viñas	Número	Viñas	Número	Animales	Número
Plantas	68.626	Plantas	28.070	Plantas	5.032

Para proteger y mantener la producción de vinos, fue necesario erigir edificios de adobe y madera. Según Raúl Sánchez (2009), en las estancias situadas en el obispado de Concepción, que abarcaba desde el río Itata hasta la Isla de Laja, se podían observar un considerable número de plantas de viñas, bodegas, alambiques y vasijas, lo cual posibilitaba la elaboración de vinos y aguardientes, cuya venta era tanto a nivel regional, nacional e internacional.

<sup>40</sup> ANHS. FJ. Vol. 37, foja 76, 1792.

Es importante destacar, aunque de forma precaria, la utilización del vino como una inversión y moneda de cambio en la región. Se empleaba para pagar servicios y adquirir bienes necesarios, como se evidencia en las siguientes transacciones: “3 arrobas a los Padres de La Mocha de Isumona; 3 arrobas de vino por una fanega de sal para los gastos de Guanquegua; 3 arrobas en alquileres de unas mulas ajenas que sirvieron en la vendimia; 2 arrobas por dos yeguas mansas para Guanquegua; 1 arroba por media fanega de porotos; 8 arrobas que se dieron en paga de una imagen de la virgen del Rosario, para la iglesia de esta estancia” (Sánchez, 2009, 95).

La inversión en plantas de viña y su explotación se mostraba como una actividad rentable, especialmente considerando su valor comercial, que oscilaba entre 2 reales para plantas frutales, 1 real para plantas de majuelo,  $\frac{1}{2}$  real para plantas viejas y  $\frac{1}{4}$  real para plantas muy viejas. El intercambio de productos vitivinícolas se llevaba a cabo a lo largo de la frontera, preferentemente en los asentamientos militares, centros urbanos e indígenas, así como proporcionando abastecimiento a los navíos que lo requerían (Sánchez, 2009, 96-97). Los jesuitas también gestionaron cuatro pulperías en Concepción, donde se vendían productos derivados de las áreas agrícolas, ganaderas y vitivinícolas obtenidos de las haciendas y estancias.

Lamentablemente, la expulsión de los jesuitas provocó un retroceso en la cultura, la educación y el comercio. Entre sus bienes, las haciendas y estancias poseían una relevancia fundamental, ya que constituían la base del capital social acumulado por la Compañía y eran unidades económicas con gran potencial para el proceso productivo agrícola, ya que se podían explotar una amplia variedad de recursos. Al momento de su expulsión, la provincia jesuita de Chile era propietaria de más de 50 haciendas.

Tabla 12. Viñas de las estancias. Fuente: Sánchez Andaur (2009, 99-105).

Estancia la Magdalena		Estancias Cuchacucha		Estancia Caimacagüin		Estancia El Torreón		Estancia Guanquegua	
Plantas	68.626	Plantas	28.070 viñas corrientes 2.000 plantas de viña corrientes	Plantas	5.032 de viñas viejas 6.900 productivas 500 viñas 25.023	Plantas		Plantas	20.284 viña frutal 2.034 de un año
	Cantidad		Cantidad		Cantidad		Cantidad		Cantidad
	65 tinajas, 24 llenas de vino, que alcanzarían 600 arrobas de vino tinto. 6 piqueras		31 tinajas de vino, que contiene 844 arrobas de vino y 2 cantaros, 3 tinajas de aguardiente que hace		Tres lagares de cuero de novillo Tres pilones de enfriar con capacidad de veintiocho arrobas y dos piqueras		40 arrobas en pipas 6 tinajas 2 cantaros de agua aguardiente		337 arrobas de vino tinto, 14 arrobas de vino moscatel y 18 de aguardiente.

Bodega	10 arrobas de moscatel 30 arrobas de aguardiente	Bodega (42 ½ varas de largo con corredores cubiertos de tejas)	42 arrobas y un cántaro.	Instalaciones		Bodega		Bodega	
Litros	21.300 vino 355 vino moscatel 1065 aguardiente	Litros		Litros		Litros	5.183 vino	Instalaciones	dos lagares, uno de 8 y otro de 2 cueros una piquera, una treintena de tinajas dos enfriadores de cocido un alambique con tapa de cobre

La expulsión de los jesuitas en 1767 tuvo un impacto considerable en la producción económica de la región. La Compañía había introducido nuevas técnicas de cultivo, fomentando la agricultura, así como también tecnología avanzada en la ganadería y vitivinicultura.

En el ámbito educativo, la partida de los jesuitas tuvo consecuencias significativas. Fueron los primeros maestros que enseñaron a “pensar y a discernir a los colonizadores, disciplinando a los campesinos y enseñándoles el cristianismo y métodos para cultivar el campo” (Cavieres, 2005, 52). Su prestigio político, social y cultural entre los españoles-criollos e indígenas se vio afectado al privarlos de un contingente de misioneros y educadores (Cavieres, 2005).

La expulsión fue llevada a cabo el 26 de agosto de 1767, y los Padres que estaban en el Valle del Itata y Chillán obedecieron sin ninguna resistencia. Fueron enviados a Talcahuano, luego concentrados en Valparaíso y, finalmente, desterrados a Europa. Aunque el proceso no paralizó las actividades productivas ni interrumpió el intercambio comercial, las consecuencias económicas se manifestaron en la necesidad de una triple carga financiera para

el fisco español, incluyendo gastos generales de expatriación, pensiones a pagar y creación de nuevas dependencias administrativas. Las temporalidades secuestradas, como esclavos, ganado y propiedades rurales, se vendieron a particulares para financiar la expulsión.

Tras la expulsión, el Estado español recuperó gran parte de los impuestos que habían perdido por derecho de comercio, lo que generó mayores beneficios a los ingresos reales. Sin embargo, esto no produjo cambios significativos en el sistema económico español en América ni en las relaciones comerciales que la Corona había establecido la compleja estructura de comercialización creada por la Compañía de Jesús solo terminó con su expatriación.

El 27 de marzo de 1769, se establecieron las Juntas Provinciales y Municipales con la responsabilidad de subastar los bienes de la Compañía de Jesús. El rey Carlos III ordenó la creación de la Junta de Temporalidades en el reino de Chile el 9 de julio de 1769, y esta comenzó a operar en 1771. La misión principal de esta Junta fue llevar a cabo un inventario y valoración de los bienes con el fin de subastar cada una de las propiedades. A continuación, se detallan los Partidos del Itata y Chillán en el proceso.

La Junta de Temporalidades también optó por arrendar las estancias y haciendas a particulares con el fin de mantener su producción y evitar posibles robos de los bienes que pertenecían a los jesuitas. Esta decisión se tomó considerando la dificultad de administrar estos extensos territorios a través de la hacienda real, ya que cada comisionado podría valorarlos según su conveniencia personal, lo que resultaría en una gestión menos eficiente. Por el contrario, mediante el arrendamiento se lograba obtener remates ventajosos y se aseguraba el cuidado y mantenimiento de las propiedades, ya que los arrendatarios asumían la responsabilidad de su cuidado<sup>41</sup>.

Tabla 13. Tasación propiedades rurales de los jesuitas en el partido de Chillán. Fuente: Archivo Claudio Gay en adelante ACG. (ACG. Vol. 41, 157). \* Tierras regadas

Propiedad	*N° cuadras	Tierras	Edificios	**G. Mayor	**G. Menor	**Caballos	Viñas
Cato	\$ 5.700	\$ 1.781	\$ 80	\$ 1.169	\$ 1.135	\$ 582	-
Magdalena y Torreón	\$ 6.000	\$ 1.500	\$ 2.000	\$ 300	\$ 105	\$ 309	\$ 3.540
Cucha-Chucha	\$ 2.400	\$ 900	\$ 425	\$ 518	\$ 138	\$ 332	\$ 4.384
Caimacáquin	\$ 1.000	\$ 375	\$ 200	\$ 8	\$ 37	\$ 3	\$ 8.077
Guanquegua	\$ 400	\$ 160	\$ 1.000	-	\$ 136	-	\$ 1.898

Sin embargo, tras la expulsión de la Compañía de Jesús en 1767, estas estancias agrícolas sufrieron un fuerte retroceso. Es importante destacar que antes de la expulsión, existían

<sup>41</sup> ANHS. FJ. Vol. 32, foja 189, 1802.

más de 183 propiedades que incluían haciendas, estancias, solares y molinos, sin contar las casas, boticas y almacenes en las ciudades, así como la cantidad de animales que poseían en el Valle del Itata. A continuación, se presenta la lista de los precios de estos bienes.

Tabla 14. Precios de animales de ganado mayor y menor y caballos. Fuente: ACG. Vol. 41, 157.

Animales	Precios	Animales	Precios
Bovino 3 años	3 pesos	Cabrío	1 a 2 reales
Bovino 2 años	2 pesos	Yeguas	1
Bovino 1 año	1 peso	Caballos	1 a 5 pesos
		Mulas	4 a 7 pesos
		Bueyes	7 a 20 pesos

Tabla 15. Arriendo de las estancias jesuitas. Fuente: ACG. Vol. 41.

Propiedad	Monto anual \$	Arrendatario
Torreón	1.200	Juan Antonio García
La Magdalena		
Guanquehua		
Cucha-Cucha	700	José Bustos
Cato	687	Javier de la Barrera
Caimacaquín	500	Diego Quevedo
Chacrilla Nogal	30	

De igual manera, se estableció un sistema de arriendo que se mantuvo durante cuatro años, con el objetivo de preservar la productividad de las propiedades, especialmente de las estancias arrendadas. A continuación, se muestra la tabla con los valores correspondientes.

En el año 1771, se iniciaron los remates de las propiedades jesuitas, y durante el primer año se vendieron veintisiete predios, recaudando un total de \$ 592.965 pesos. Cinco años más tarde, se llevó a cabo un segundo remate de predios que alcanzó un monto de \$ 146.351 pesos. Las condiciones de venta establecían plazos de 3 a 9 años con un interés del 5 % anual<sup>42</sup>. Hacia el año 1793, la mayoría de las propiedades de los jesuitas ya habían sido vendidas, generando un ingreso de \$ 1.198.516 pesos. Específicamente en Chillán, la Junta de Temporalidades solicitó la venta de todos los bienes, haciendas y esclavos pertenecientes a dicho colegio, ubicados en la ciudad<sup>43</sup>.

<sup>42</sup> ANHS. FJ. Vol. 32, foja, 194, 1788.

<sup>43</sup> ANHS. FJ. Vol. 60, foja 105, 1781.

Tabla 16. Temporalidades jesuitas en Chillán. Fuente: ANHS. FJ. Vol. 12, 1768; ACG. Vol. 12.

Propiedad	Arriendo	Tasación	Venta
Cucha-Cucha		14.020	9.900
Magdalena, Torreón y Guanquehua		20.138	8.800
Caimacaquín	500	9.164	6.820
Guanquehua		5.832	2.403
Molino Chillán	30		600
Chacrilla Nogal	30	432	600

Las propiedades de los jesuitas en Chillán que fueron arrendadas correspondían al molino de la villa y la estancia de Cato, ubicadas entre los ríos Cato y Ñuble. Es importante recordar que esta estancia era una de las más importantes del partido de Chillán y estaba dedicada principalmente a la ganadería, además de contar con un molino y curtiembres. En enero de 1768, la estancia de Cato fue tasada en \$12.782 pesos y arrendada por Francisco Javier de la Barrera por \$ 687 pesos mensuales. Seis años después, fue rematada a favor de “Lorenzo Arrau, por un monto de \$ 16.170 pesos, con un plazo de nueve años para su pago”<sup>44</sup>

En relación a los edificios de residencia e iglesia de los jesuitas en Chillán, sufrirían un notable abandono tras la partida de los religiosos. La residencia fue objeto de interés por parte del vicario de la ciudad de Chillán, Domingo Villegas. Hacia 1776, ya se habían presentado dos propuestas para la utilización de la Casa de Ejercicios Espirituales; una de ellas, promovida por la Corona de España, buscaba convertirla en un colegio para la evangelización y conversión de indígenas infieles y sus familias.

El 25 de noviembre de 1783, los miembros de la Junta de Temporalidades solicitaron el cumplimiento de lo que habían determinado el defensor y el fiscal de las Temporalidades, exigiendo al Cabildo de Chillán que se pronunciara sobre el destino del colegio de la ciudad. A pesar de las sugerencias y esfuerzos del vicario Villegas, finalmente la casa fue entregada a los franciscanos para establecer el colegio de Propaganda Fide.

## Conclusión

El impacto de las actividades económicas de los jesuitas en el Valle del Itata entre 1664 y 1767 fue significativo y contribuyó al desarrollo económico y la vida rural en la región. Su asentamiento estratégico en Chillán no solo permitió incursiones misionales a la frontera, sino también contribuyó a la consolidación de una segunda frontera en el Valle del Itata.

Las estancias de los jesuitas en el Valle del Itata se convirtieron en centros productivos fundamentales para el desarrollo económico de la región. Se enfocaron en actividades agrícolas, ganaderas y vitivinícolas, con un destacado cultivo de cereales, especialmente trigo

<sup>44</sup> ANHS. FJ. Vol. 26, foja 64, 1788.



y cebada. La chacra de Maipón, con su molino, desempeñó un papel vital al ofrecer servicios de molienda de cereales a los vecinos, fortaleciendo así la economía local.

Además de la agricultura, la ganadería fue una actividad destacada en las estancias jesuitas del Valle del Itata. La inclusión de diversos animales, como el ganado ovino y vacuno, así como mulas, caballos y burros, fortaleció la producción pastoril en la región. Esta diversificación no solo impulsó la crianza de animales, sino que también generó un impacto positivo en la economía regional, contribuyendo al crecimiento y la prosperidad del área. La estancia de Cato, en particular, contaba con una curtiduría, lo que refleja la diversificación de las actividades económicas de los jesuitas.

Por otro lado, la actividad vitivinícola fue uno de los ejes centrales de la producción de los jesuitas en el Valle del Itata. Su producción de vino de alta calidad, considerado como el mejor del reino en el obispado de Concepción, generó un importante impacto económico en la región. Las estancias contaban con una gran cantidad de plantas de viña, bodegas y utensilios específicos para la producción de vino y aguardiente, lo que evidencia la relevancia que le daban a esta actividad.

Los jesuitas producían vino para la misa y se repartían entre los colegios, estancias y el excedente se comercializaba entre las comunidades, intercambiándolo por limosna y otros productos. Las estancias de los jesuitas se convirtieron en puntos estratégicos de comercialización en asentamientos indígenas, militares y en navíos, consolidando así la red de estancias como un elemento clave para el desarrollo económico y el establecimiento de la segunda frontera en el Valle del Itata.

La expulsión de los jesuitas en el Valle del Itata en el siglo XVIII fue parte de un evento más amplio que tuvo lugar en todos los territorios controlados por la corona española. Los jesuitas habían establecido misiones y colegios en la región, y su influencia estaba creciendo. Sin embargo, se les acusó de acumular riquezas y de interferir en los asuntos políticos de la colonia, lo que llevó a desconfianzas y tensiones con las autoridades coloniales y la corona. En 1767, el Rey Carlos III de España ordenó la expulsión de todos los jesuitas de los dominios españoles. En el Valle del Itata esto llevó a una desestabilización en la organización social y educativa de la región, así como a una pérdida de conocimientos y técnicas agrícolas y culturales que los jesuitas habían introducido y fomentado. La expulsión dejó un vacío en la comunidad que tardó mucho tiempo en llenarse y tuvo repercusiones duraderas en la cultura y la economía del valle.

## Referencias bibliográficas

### Archivos

Archivo Claudio Gay

Archivo Histórico Nacional Santiago

Fondo Jesuita de Chile

### Bibliografía

- Astrain SI, A. (1912) *Historia de la Compañía de Jesús en la asistencia de España*. Madrid: Administración del Razón y Fe.
- Barros Arana, D. (1872). *Riquezas de los antiguos de los antiguos jesuitas*. Santiago: Librería Imprenta el Mercurio. Disponible en Memoria Chilena, Biblioteca Nacional de Chile <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-8045.html>. Accedido en 09-08-2020.
- (1999). *Historia de Chile*, tomo III. Santiago: Centro de investigaciones Diego Barros Arana. [https://www.centrobarrosarana.gob.cl/622/w3-article-96103.html?\\_noredirect=1](https://www.centrobarrosarana.gob.cl/622/w3-article-96103.html?_noredirect=1)
- Boisier, S. (2007). *Territorio, Estado y sociedad en Chile. La dialéctica de la descentralización: entre la geografía y la gobernabilidad*. Tesis de Doctorado, Universidad de Acalá. <https://ebuah.uah.es/dspace/bitstream/handle/10017/2113/TESIS%20SBOISIER%20VERSION%20FINAL.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- Bravo Acevedo, G. (2008). “Los jesuitas en el comercio colonial. Las cuentas de los colegios de Chile en la Procuraduría de Lima”. *Espacio Regional. Revista de Estudios Sociales* 5, 13-24.
- Bravo, G., *Consecuencia económica de la expulsión de los jesuitas de Chile y Perú*. En Cavierres, E, Bravo G, Hernán, &, Escobar D. (2005). El impacto de la expulsión de los jesuitas en Chile. Documento de trabajo. <https://core.ac.uk/download/pdf/292989516.pdf>
- Cartés Montory, A. & Arriagada, F. (2008). *Viñas del Itata, una historia de cinco siglos*”. Concepción: Editorial Pencopolitana .
- Carvallo Goyeneche, V. (1876). *Descripción histórico-geográfica del Reino de Chile*. Segunda parte. En Colección de Historiadores de Chile y Documentos relativos a la Historia Nacional. Tomo X. Santiago: Imprenta de la Librería del Mercurio. Disponible en Memoria Chilena, Biblioteca Nacional de Chile <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-8198.html> . Accedido en 05-03-2020.
- Castro Romero, C. (2020). Las haciendas jesuitas en Chile central, 1767-1815. Un estudio histórico. Tesis para la obtención del grado de Doctor en Historia. Universidad de Barcelona. <https://www.tdx.cat/handle/10803/674122#page=1>
- Contreras Gutiérrez, A. (2014). La enseñanza jesuita en Chile colonial: sus colegios, universidades y una aproximación a sus métodos y contenidos. *Revista Historia de la Educación Latinoamericana*, 16(22), 35-50.
- Cushner, N. (1983). *Jesuitas ranches and the agrarian development of colonial Argentina, 1650-1767*. State University of New York, <https://ia802309.us.archive.org/33/items/jesuit-ranches-and-the-agrarian-development-of-colonial-argentin/Jesuit%20ranches%20and%20the%20agrarian%20development%20of%20colonial%20Argentin.pdf>
- Díaz Blanco, J. & Gaune Corradim, R. (2014). Luis de Valdivia y Alonso Mejía: Una relación personal en los orígenes del pensamiento valdiviano (1062-1604), *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, 18(2) 9-32.

- Díaz Blanco, J. (2011). Luis de Valdivia y la articulación espacial de Chile. *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, 15(2) 89-107.
- Encina, F. (1940). *Historia de Chile*, Tomo II. Santiago: Editorial Nascimento.
- Enrich DJ, F. (1891). *Historia de la Compañía de Jesús*. Tomo II. Barcelona: Imprenta de Francisco Rosal.
- Chevaleir, F. (1950). *Instrucciones a los hermanos jesuitas administradores de haciendas*. México: Universidad Autónoma de México.
- Ceballos, G. (2014). *Chile país del vino. Historia de la industria vitivinícola, 1492-2014*, Santiago: Editorial Universitaria.
- Góngora, M (1970). *Encomenderos y Estancieros. Estudio acerca de la Constitución social y aristocrática de Chile después de la Conquista. 1580-1660*. Santiago: Editorial Universitaria.
- (1980). *Vagabundaje y sociedad fronteriza en Chile*. En Estudios de historia de las ideas y de historia social. Valparaíso: Universitaria de Valparaíso. 1980.
- Gaune, R. (2012) La Santa Sede y la Guerra defensiva: una historia por reconstruir. *Journal of the Max Planck Institute for European Legal History* 358-360. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4655698>
- Grez, M. (2015). El puente confluencia en Chile. El valor de un patrimonio en peligro. *Revista Quinchamalí*, 13-14.
- Hanish, W. (1972). *Historia de la Compañía de Jesús en Chile 1593-1955*. Santiago: Ediciones Francisco de Aguirre.
- Ruíz-Tagle, H. (1966). *Concentración de población y desarrollo económico. El caso chileno*, Santiago: Ediciones Universidad de Chile.
- León, L. (2003). et al. *Araucanía: la frontera mestiza, siglo XIX*. Santiago: Ediciones UCSII.
- López de Lucio, R. (1993). *Ciudad y urbanismo a finales del siglo XX*. Valencia: Universidad de Valencia.
- Menadier, J. (2012). *La agricultura y el progreso de Chile*. Pontificia Universidad Católica de Chile: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.
- Molina, J. I. (1740-1829). Mapa General de la Frontera de Arauco en el reyno de Chile, 1795 . Disponible en Memoria Chilena, Biblioteca Nacional de Chile <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-73846.html> . Accedido en 08-08-2023.
- Muñoz Olave, R. (1921). *Chillán sus fundaciones y destrucciones. 1580-1835*. Santiago: Imprenta San José.
- Olivares, M. (1875). *Historia de Compañía de Jesús en Chile (1593-1736)*. En: Colección de Historiadores de Chile y Documentos relativos a la Historia Nacional. Tomo IX, Vol. II Santiago: Imprenta de la Estrella de Chile.

- O'Neill y C. Domínguez, J (editores) (2001). *Diccionario histórico de la Compañía de Jesús. Biográfico-Temático: AA-Costa Rica*, Roma-Madrid: Institutum Historicum S.I - Universidad Pontificia de Comillas.
- Ortiz Aguilera, C. (2015). El parlamento de Quilín del año 1641: una aproximación a las relaciones interlinajes a partir de la vida fronteriza. *Cuadernos De Historia*, (42), Pág. 7–31. Recuperado a partir de <https://cuadernosdehistoria.uchile.cl/index.php/CDH/article/view/36651>
- Pacheco, A. (2003). *Economía y sociedad de Concepción siglo XIX: Sectores populares urbanos, 1800-1885*. Concepción: Impreso en Trama Impresores
- Page, C. A. (2019). La viceprovincia jesuítica de Charcas o de la Sierra, antecedente de la provincia del Paraguay (1603-1607). *Estudios Paraguayos*. XXXVII(2).
- Page, C. A. (2021). La primera evangelización jesuita de los huarpe desde la residencia de Mendoza. ¿Catequizar o salvavidas? *Revista NUPEM*, Campo Mourao, 14(31) 125-150, jan/abr. <https://www.carlospage.com.ar/wp-content/2021/12/Page-La-primera-evangelizacion-jesuita-de-los-Huarpe-desde-la-residencia-de-Mendoza.-%C2%BFCatequizar-o-salvar-vidas.pdf>
- Page, C. A. (2021). Las lenguas indígenas y los jesuitas. El P. Luis de Valdivia al rescate del mapudungun, allentiac y el millcayac. *Investigaciones Históricas. Época Moderna Y Contemporánea*, (41), 377–414. <https://doi.org/10.24197/ihemc.41.2021.377-414>.
- Parada, M. (2020). Frontera. Economía y evangelización en el valle del Itata (1580-1723). Tesis Magíster en Historia. Universidad de los Andes.
- Reyes Coca, M. A. (1991). Uso del espacio agrícola en Ñuble: una interpretación histórica. *Tiempo Y Espacio*, 1(2), 14–22. <https://doi.org/10.22320/rte.v1i2.1538>
- (1981) *Chillán: los umbrales de su crecimiento en 400 años*. Chillán: Ilustre Municipalidad de Chillán.
- Rondón, V. (1997). Música jesuita en Chile en los siglos XVII y XVIII: primera aproximación. *Revista musical chilena*, 51(188) 7-39. <https://dx.doi.org/10.4067/S0716-27901997018800001>
- Rosales, D de. (1969). *Historia General del Reino de Chile, Flandes Indiano (1674)*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Sánchez Andaur, R. (2009). *La empresa económica jesuita en el obispado de Concepción (Chile): 1610-1767*. Tesis de Doctor en Historia, Universidad de Chile. <https://repositorio.uchile.cl/handle/2250/108542>.
- Sánchez Ayala, L. (2015). De territorios, límites, bordes y fronteras: una conceptualización para abordar conflictos sociales. *Rev.estud.soc.*, 53, 175-199.
- Sottorff Neculhueque, C. (2014). La industria vitivinícola en las haciendas jesuitas de Santiago de Chile. Una revisión bibliográfica. *Revista de Historia Social y de las Mentalidades* 18(2) 169-180.

- Stewart, D. (2015). *Elite militar y formación económica de un espacio regional: Concepción, 1598-1700. Tierra, población y mercado*. Tesis Doctoral en Historia, Universidad de Chile. <https://repositorio.uchile.cl/handle/2250/141566>
- Tampe, E. S. J. (2008). Catálogo de Jesuitas de Chile (1593-1767). *Catálogo de regulares de la Compañía en el antiguo Reino de Chile y en el destierro*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado, Instituto de Historia-Pontificia Universidad Católica de Chile, Centro de Investigaciones Barros Arana.
- Unwin, T. (1992). *El lugar de la geografía*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Valdés Bunster, G. (1980). *El poder económico de los jesuitas en Chile 1593-1767*. Santiago: Imprenta Pucará.
- Vergara Correa, L. (1938). *Agricultura chilena, un factor de progreso de los jesuitas*. Tomo I. Santiago: Imprenta Nacimiento.
- Villalobos R., S., & Rodríguez, C. (2017). El espacio rural Longaví-Ñuble (1737). *Cuadernos De Historia*, (17), 105–144 Pág. Recuperado a partir de <https://anales.uchile.cl/index.php/CDH/article/view/46972>
- Villalobos, Sergio. (1995). *Vida fronteriza en la Araucanía, el mito de la Guerra de Arauco*. Santiago: Editorial Andrés Bello, 1995.
- (1982). *Tres siglos y medio de vida fronteriza*. En: Relaciones fronterizas en la Araucanía. Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile.
- Zavala Cepeda, J. (Editor) (2015). *Los Parlamentos hispanos-mapuches, (1593-1803) textos fundamentales*. Temuco: Ediciones Universidad Católica de Temuco.